

Audiolibro La Jaur A Mile Zola Cap
Tulo Iv

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Harrison Abbott (Williamsburg)** - - - - Capítulo cuarto. El deseo neto y punzante que había embargado el corazón de Renée, entre los perfumes turbadores del invernadero, mientras Maxime y Louise reían en un confidente de la salita botón de oro, pareció borrarle como una pesadilla de la que no queda sino un vago escalofrío. La joven había conservado, toda la noche, la amargura de la tanguinia; le parecía, al sentir el escozor de la hoja maldita, que una boca de llamas se posaba en la suya, le insuflaba un amor devorador. Después esa boca se le escapaba, y su sueño se anegaba en grandes oleadas de sombra que rodaban sobre ella. Por la mañana durmió un poco. Cuando se despertó se creyó enferma. Mandó correr las cortinas, habló a su médico de náuseas y de dolores de cabeza, se negó rotundamente a salir durante unos días. Y como se creía asediada, condenó su puerta. En vano acudió Maxime a llamar a ella. Él no dormía en el palacete, para disponer más libremente de sus habitaciones; por lo demás, llevaba la vida más nómada del mundo, alojándose en las casas nuevas de su padre, eligiendo la planta que le agradaba, mudándose todos los meses, a menudo por capricho, a veces para dejar sitio a inquilinos serios. Estrenaba las casas en compañía de alguna amante. Habitado a los caprichos de su madrastra, fingió una gran compasión y subió cuatro veces diarias a pedir noticias suyas con semblante desolado, únicamente para burlarse de ella. Al tercer día la encontró en el saloncito, rosada, sonriente, con aire tranquilo y reposado. -¿Qué? ¿Te has divertido mucho con Céleste? -le preguntó, aludiendo al largo mano a mano que acababa de tener con su doncella. -Sí -respondió ella-; es una chica valiosísima. Tiene siempre las manos heladas; me las ponía en la frente y calmaba un poco mi pobre cabeza. - ¡Todo un remedio, esa chica! -exclamó el joven-. Si alguna vez tuviera la desgracia de enamorarme, ¿me la prestarías, verdad?, para que me pusiera las dos manos en el corazón. Bromearon, dieron su acostumbrado paseo por el Bosque. Transcurrieron quince días. Renée se había lanzado más locamente a su vida de visitas y bailes; su cabeza parecía haber girado una vez más, ya no se quejaba de hastío y de asco. Tan sólo se habría dicho que había tenido alguna secreta caída, de la que no hablaba, pero que demostraba con un desprecio más marcado por sí misma y con una depravación más atrevida en sus caprichos de gran mundana. Una tarde le confesó a Maxime que se moría de ganas de ir a un baile que Blanche Muller, una actriz en boga, daba a las princesas de las candilejas y a las reinas de la vida alegre. Esta confesión sorprendió y cohibió al propio joven, que, sin embargo, no tenía grandes escrúpulos. Quiso catequizar a su madrastra, realmente, aquél no era su sitio; no vería allí por lo demás, nada muy divertido y, además si la reconocían, sería un escándalo. A todas estas buenas razones, ella respondía, las manos unidas, suplicando y sonriendo: -Vamos, mi pequeño Maxime, sé amable. Quiero ir... Me pondré un dominó azul oscuro, no haremos más que cruzar los salones. Cuando Maxime, que siempre acababa por ceder y que habría llevado a su madrastra a todos los lugares de mala nota de París por poco que se lo rogase, hubo consentido en llevarla al baile de Blanche Muller, ella batió palmas como un niño a quien se le concede un recreo inesperado: - ¡Ah! ¡Qué amable eres! -dijo-. Es mañana, ¿verdad? Ven a buscarme temprano. Quiero ver llegar a esas señoras. Tú me las nombrarás, y nos divertiremos de lo lindo... -Reflexionó, después añadió-: No, no vengas. Espérame con un simón, en el bulevar Malesherbes. Saldré por el jardín. Este misterio era un picante que añadía a su escapada; simple refinamiento de goce, pues aunque hubiera salido a medianoche, por la puerta principal, su marido ni siquiera habría sacado la cabeza por la ventana. Al día siguiente, tras haber recomendado a Céleste que la esperara, cruzó, con escalofríos de exquisito miedo, las sombras negras del parque Monceau. Saccard había aprovechado su buena amistad con el ayuntamiento para hacer que le dieran la llave de una puertecita del parque, y Renée había querido igualmente tener una. Estuvo a punto de perderse; sólo encontró el simón gracias a los dos ojos amarillos de los faroles. En esa época, el bulevar Malesherbes, recién terminado, era aún, de noche, un verdadero desierto. La joven se deslizó en el carruaje, emocionadísima, con el corazón latiendo deliciosamente, como si fuera a una cita de amor. Maxime, con

toda filosofía, fumaba, semidormido, en un rincón del simón. Quiso tirar el puro, pero ella se lo impidió y, cuando trataba de retenerle el brazo, en la oscuridad, le puso la mano en plena cara, lo cual los divirtió mucho a ambos. -Te digo que me gusta el olor del tabaco -exclamó ella-. Conserva tu cigarro... Y además, esta noche vamos de juerga... Yo soy un hombre... El bulevar no estaba aún iluminado. Mientras el simón bajaba hacia la Madeleine, estaba tan oscuro en el carruaje que no se veían. A veces, cuando el joven se llevaba el puro a los labios, un punto rojo agujereaba las espesas tinieblas. Ese punto rojo interesaba a Renée. Maxime, a quien el vuelo del dominó de raso negro había cubierto a medias, llenando el interior del simón, continuaba fumando en silencio, con aire aburrido. La verdad era que el capricho de su madrastra acababa de impedirle seguir al Café Anglais a una pandilla de damas, resueltas a comenzar y terminar allí el baile de Blanche Muller. Estaba huraño, y ella adivinó sus morros en la sombra. -¿Estás indispuerto? -le preguntó. -No; tengo frío -respondió. - ¡Vaya! Pues yo estoy ardiendo. Opino que aquí se ahoga uno... Ponte el borde de mis enaguas sobre las rodillas. - ¡Oh!, tus enaguas -murmuró él de mal humor-; estoy hasta las narices de ellas. Pero esta frase le hizo reír y, poco a poco, se animó. Ella le contó el miedo que acababa de pasar en el parque Monceau. Entonces le confesó otro de sus deseos: le hubiera gustado dar, de noche, por el laguito del parque, un paseo en la barca que veía desde sus ventanas, varada al borde de una avenida. Maxime opinó que se estaba poniendo elegiaca. El simón seguía rodando; las tinieblas eran profundas; se inclinaban el uno hacia el otro para oírse entre el ruido de las ruedas, rozándose con el gesto, sintiendo sus alientos tibios a veces cuando se acercaban demasiado. Y, a intervalos regulares, el puro de Maxime se reavivaba, manchaba la sombra de rojo, lanzando un pálido y rosado brillo sobre el rostro de Renée. Estaba adorable, vista a ese rápido resplandor, hasta el punto de que el joven quedó impresionado. - ¡Oh, oh! -dijo-. Parecemos muy guapa esta noche, madrastra... Veamos un poco. Se acercó el puro, aspiró precipitadamente unas bocanadas. Renée, en su rincón, se encontró iluminada por una luz cálida y como jadeante. Se había alzado un poco la capucha. Su cabeza desnuda, cubierta por una lluvia de pequeños rizos, tocada con una simple cinta azul, parecía la de un auténtico chicuelo, por encima del gran ropón de raso negro que le subía hasta el cuello. Le pareció muy gracioso que la miraran y admiraran así, a la claridad de un puro. Se reclinaba hacia atrás con breves risitas, mientras él añadía con un aire de cómica gravedad: - ¡Diablos! Voy a tener que velar por ti, si quiero devolvarte sana y salva a mi padre. Mientras tanto, el simón rodeaba la Madeleine y se metía por los bulevares. Allí se llenó de resplandores danzantes, del reflejo de las tiendas, cuyos escaparates llameaban. Blanche Muller vivía a dos pasos, en una de las casas nuevas que se han edificado sobre los terrenos elevados de la calle Basse-du-Rempart. Todavía no había sino unos cuantos coches a la puerta. No eran mucho más de las diez. Maxime quería dar una vuelta por los bulevares, esperar una hora; pero Renée, cuya curiosidad despertaba, más viva, le declaró rotundamente que subiría sola si él no la acompañaba. La siguió, y estuvo encantado al encontrar arriba más gente de la que creía. La joven se había puesto el antifaz. Del brazo de Maxime, a quien daba en voz baja órdenes sin réplica, y que la obedecía dócilmente, figoneó por todas las estancias, levantó las puntas de los portiers, examinó el mobiliario, y habría llegado hasta a registrar los cajones de no haber tenido que la vieran. El piso, muy rico, tenía rincones bohemios, en los que se reconocía a la mujer de teatro. Era sobre todo allí donde las naricillas rosadas de Renée se estremecían, y obligaba a su compañero a andar despacito, para no perderse nada de las cosas ni de su olor. Se abstraigo especialmente en un tocador, que Blanche Muller había dejado abierto de par en par pues cuando recibía, ofrecía a sus invitados incluso su alcoba, donde se arrinconaba la cama para instalar mesas de juego. Pero el tocador no la satisfizo; le pareció corriente e incluso un poco sucio, con su alfombra acribillada a pequeñas quemaduras redondas por puntas de cigarro, y sus cortinajes de seda azul manchados de cremas, salpicados de jabón. Después, cuando hubo inspeccionado bien el lugar y guardado los menores detalles de la vivienda en su memoria, para describirlos más adelante a sus íntimas, pasó a los personajes. A los hombres los conocía; eran, en su mayoría, los mismos financieros, los mismos políticos, los mismos jóvenes vividores que iban a sus jueves. Se creía en su salón, a veces, cuando se encontraba frente a un grupo de fraques sonrientes que la víspera tenían, en su casa, la misma sonrisa, al hablar con la marquesa de Espanet y con la rubia señora Haffner. Y cuando miraba a las mujeres, la ilusión no se desvanecía por completo. Laure de Aurigny iba de amarillo, como Suzanne Haffner, y Blanche Muller llevaba, como Adeline de Espanet, un traje blanco escotado hasta media espalda. Por fin, Maxime pidió clemencia, y ella accedió a sentarse con él en un confidente. Estuvieron allí un instante, el joven bostezando, la joven preguntándole los nombres de aquellas damas, desnudándolas con la mirada, contando los metros de encajes que llevaban en sus faldas. Al verla sumida en este grave estudio, Maxime acabó por escaparse, obedeciendo a una llamada que Laure de Aurigny le hacía con la mano. Esta bromeó con él sobre la mujer que llevaba del brazo. Luego le hizo jurar que iría a reunirse con ellos, hacia la una, en el Café Anglais. -Estará tu padre -le gritó, en el momento en que él volvía con Renée. Ésta se hallaba rodeada por un grupo de mujeres que reían muy fuerte, mientras el señor De Saffré había aprovechado el sitio que Maxime había dejado libre para

deslizarse a su lado y decirle piropos de cochero. Después, el señor De Saffré, las mujeres, toda aquella gente había empezado a chillar, a golpearse los muslos, tanto que Renée, con los oídos destrozados, bostezando a su vez, se levantó diciendo a su compañero: -Vámonos, ¡son demasiado idiotas! Cuando salían entró el señor De Mussy. Pareció encantado de encontrar a Maxime, y sin fijarse en la mujer enmascarada que estaba con él: - ¡Ay, amigo mío! -murmuró con aire lánguido-, me matará. Sé que se encuentra mejor, pero me sigue cerrando su puerta. Dígame que me ha visto con los ojos llenos de lágrimas. -Puede estar tranquilo, le daré el recado -dijo el joven con una risa singular. -Y en la escalera-: ¿Qué, madrastra? ¿No te ha conmovido ese pobre chico? Ella se encogió de hombros, sin responder. Abajo, en la acera, se detuvo antes de subir al simón, que los había esperado, mirando con aire vacilante hacia la Madeleine y el bulevar de los Italianos. Eran apenas las once y media, el bulevar estaba aún muy animado. -Entonces, nos vamos a casa -murmuró con pena. -A menos que quieras seguir un instante los bulevares en coche -respondió Maxime. Aceptó. Su placer de mujer curiosa le estaba saliendo mal, y se desesperaba de volver así a casa, con una ilusión menos y un comienzo de jaqueca. Había creído durante mucho tiempo que un baile de actrices era terriblemente divertido. La primavera, como ocurre a veces en los últimos días de octubre, parecía haber regresado; la noche tenía tibiezas de mayo, y los escasos soplos fríos que pasaban ponían en la atmósfera una alegría más. Renée, con la cabeza en la portezuela, guardaba silencio, mirando el gentío, los cafés, los restaurantes, en una interminable fila que corría ante ella. Se había puesto muy seria, perdida en el fondo de esos vagos deseos que llenan las ensoñaciones femeninas. Aquella ancha acera barrida por los trajes de las mujeres, y donde las botas de los hombres sonaban con familiaridades especiales, aquel asfalto gris por donde le parecía que pasaba el galope de los placeres y los amores fáciles, despertaban sus deseos dormidos, le hacían olvidar aquel baile idiota del que salía, para dejarle entrever otras alegrías de más alto sabor. En las ventanas de los reservados de Brébant divisó sombras de mujeres sobre la blancura de las cortinas. Y Maxime le contó una historia muy atrevida, de un marido engañado que había sorprendido así, en una cortina, la sombra de su mujer en flagrante delito con la sombra de un amante. Ella apenas lo escuchaba. Él se anió, acabó por cogerle las manos, por reírse de ella, hablándole del pobre señor De Mussy. Al volver, cuando pasaban por delante de Brébant: -¿Sabes -dijo ella de repente- que el señor De Saffré me ha invitado a cenar esta noche? - ¡Oh!, habrías comido mal -replicó él riendo-. Saffré no tiene la menor imaginación culinaria. Está aún en la ensalada de bogavante. -No, no; hablaba de ostras y de perdices frías... Pero me tuteaba, y eso me molestó... -Enmudeció, miró de nuevo al bulevar y agregó, tras un silencio, con aire desolado-: Lo peor es que tengo un hambre atroz. -¿Cómo? ¿Tienes hambre? -exclamó el joven-. Pues muy sencillo, vamos a cenar juntos... ¿Quieres? Lo dijo tan tranquilo, pero ella se negó al principio; aseguró que Céleste le había preparado un tentempié en el palacete. Mientras tanto, y no queriendo ir al Café Anglais, él había mandado detener el coche en la esquina de la calle Le Peletier, delante del restaurante del Café Riche; incluso había bajado ya, y como su madrastra vacilaba aún: -Después de todo -dijo-, si tienes miedo de que te comprometa, dilo... Subiré al lado del cochero y te llevaré con tu marido. Ella sonrió, bajó del simón con gestos de pájaro que teme mojarse las patas. Estaba radiante. Aquella acera que sentía bajo sus pies le calentaba los talones, le daba a flor de piel un delicioso escalofrío de miedo y de capricho satisfecho. Desde que el simón rodaba, sentía unas ganas locas de saltar a ella. La cruzó a pasitos, furtivamente, como si hubiera saboreado un placer más vivo al temer que la vieran. Su escapada se tomaba decididamente una aventura. Ciertamente, no lamentaba haber rechazado la invitación brutal del señor De Saffré. Pero habría vuelto a casa horriblemente a disgusto de no haber tenido Maxime la idea de hacerle probar la fruta prohibida. Éste subió la escalera con presteza, como si estuviera en su casa. Ella lo siguió resoplando un poco. Rondaban leves aromas de pescado y de caza, y la alfombra, que unas varillas de cobre tensaban sobre los peldaños, tenía un olor a polvo que redoblaba su emoción. Cuando llegaron al entresuelo encontraron un camarero, de aire digno, que se pegó a la pared para dejarles paso. -Charles -le dijo Maxime-, ¿nos servirá usted, verdad?... Dénos el salón blanco. Charles se inclinó, subió algunos peldaños, abrió la puerta de un reservado. El gas estaba bajado, le pareció a Renée que penetraba en la media luz de un lugar sospechoso y encantador. Un fragor continuo entraba por la ventana, de par en par, y sobre el techo, en los reflejos del café de abajo, pasaban las sombras rápidas de los paseantes. Pero, con un toque del pulgar, el camarero subió el gas. Las sombras del techo desaparecieron, el reservado se llenó de una luz cruda que cayó de plano sobre la cabeza de la joven. Se había echado ya la capucha hacia atrás. Los ricitos se habían despeinado un poco en el simón, pero la cinta azul no se había movido. Se puso a caminar, molesta por la forma en que Charles la miraba; tenía un guiño de ojos, un fruncir de párpados, para verla mejor, que significaba claramente: «He aquí una a quien aún no conozco». -¿Qué le sirvo al señor? -preguntó en voz alta. Maxime se volvió hacia Renée. -La cena del señor De Saffré, ¿verdad? -dijo-. Ostras, una perdiz.. Y viendo sonreír al joven, Charles lo imitó, discretamente, murmurando: -Entonces, la cena del miércoles, si le parece. -La cena del miércoles... -repetía Maxime. Después, acordándose-: Sí, me da igual; dénos la cena del miércoles. Cuando

el camarero hubo salido, Renée cogió sus quevedos y dio curiosamente la vuelta al saloncito. Era una habitación cuadrada, blanca y oro, amueblada con coquetería de camarín. Amén de la mesa y las sillas, había un mueble bajo, una especie de consola, en la que se servía, y un ancho diván, una auténtica cama, que se encontraba colocado entre la chimenea y la ventana. Un reloj y dos candelabros Luis XVI guarnecían la chimenea de mármol blanco. Pero la curiosidad del reservado era el espejo, un hermoso espejo ventruado que los diamantes de las señoras habían acribillado a nombres, a fechas, a versos desgraciados, a pensamientos prodigiosos y asombrosas confesiones. Renée creyó intuir una procacidad y no tuvo el valor de satisfacer su curiosidad. Miró el diván, experimentó una nueva turbación, se puso, con el fin de disimular, a mirar el techo y la araña de cobre dorado, de cinco reverberos. Pero el malestar que sentía era delicioso. Mientras alzaba la frente, como para estudiar la cornisa, sería y con los quevedos en la mano, disfrutaba hondamente con aquel mobiliario equívoco, que veía a su alrededor; con aquel espejo claro y cínico, cuya pureza, apenas arrugada por aquellas patas de mosca indecentes, había servido para atusar tantos moños postizos; con aquel diván, que le chocaba por su anchura; con la mesa, con la propia alfombra, donde volvía a hallar el olor de la escalera, un vago olor a polvo penetrante y como religioso. Después, cuando por fin tuvo que bajar los ojos: -¿Qué es esa cena del miércoles? -preguntó a Maxime. -Nada -respondió él-; una apuesta que uno de mis amigos ha perdido. En cualquier otro sitio le habría dicho, sin vacilar, que había cenado el miércoles con una dama, encontrada en el bulevar. Pero desde que había entrado en el reservado la trataba, instintivamente, como mujer a la que hay que agradar, sin excitar sus celos. Ella no insistió; por lo demás, fue a acodarse en la barandilla de la ventana, donde él la siguió. A sus espaldas, Charles entraba y salía, con un ruido de vajilla y de cubertería. Aún no era medianoche. Abajo, en el bulevar, París rugía, prolongaba el ardiente día, antes de decidirse a irse a la cama. Las filas de árboles marcaban, con una línea confusa, la blancura de las aceras y el vago negror de la calzada, donde pasaban los carruajes con sus rápidos faroles. En los dos bordes de esta franja oscura, los quioscos de los vendedores de periódicos, de trecho en trecho, se encendían, semejantes a grandes faroles venecianos, altos y extravagantemente abigarrados, colocados regularmente en el suelo, para alguna iluminación colosal. Pero a esas horas su sordo resplandor se perdía en el brillo de los escaparates vecinos. Ni un cierre estaba echado, las aceras se extendían sin una lista de sombra, bajo una lluvia de rayos que las iluminaba con un polvo de oro, con la claridad cálida y brillante de pleno día. Maxime enseñó a Renée, frente a ellos, el Café Anglais, cuyas ventanas relucían. Las altas ramas de los árboles les estorbaban un poco, por lo demás, para ver las casas y la acera opuestas. Se inclinaron, miraron debajo de ellos. Era un continuo ir y venir; pasaban paseantes en grupos; algunas profesionales, de dos en dos, arrastraban la falda, que levantaban de vez en cuando, con lánguido movimiento, lanzando a su alrededor miradas cansadas y sonrientes. Bajo la propia ventana, el Café Riche adelantaba sus mesas en el sol de sus arañas, cuyo resplandor se extendía hasta el centro de la calzada; y en el centro de ese ardiente foco era donde veían, sobre todo, las caras pálidas y las risas desvaídas de los transeúntes. Alrededor de los veladores bebían mujeres mezcladas con hombres. Ellas llevaban trajes vistosos, media melena; se contoneaban en las sillas, con palabras altas que el ruido impedía oír. Renée se fijó especialmente en una, sola en una mesa, vestida con un traje de un azul metálico, guarnecido de guipur blanco; apuraba, a pequeños tragos, un vaso de cerveza, medio echada hacia atrás, las manos sobre el vientre, con una pinta de espera pesada y resignada. Los que caminaban se perdían lentamente entre la multitud, y la joven, interesada en ellos, los seguía con la mirada, iba de una punta del bulevar a la otra, a las lejanías tumultuosas y confusas de la avenida, llenas del hormigueo negro de los paseantes, donde la claridad no era sino destellos. Y el desfile pasaba sin fin, con una regularidad cansina, gente extrañamente mezclada y siempre la misma, en medio de los colores vivos, de los agujeros en las tinieblas, entre el mágico barullo de mil llamas danzarinas, que salían como una oleada de las tiendas, coloreaban los transparentes de ventanas y quioscos, corrían sobre las fachadas en las varillas, en las letras, en los dibujos de fuego, salpicando de estrellas la sombra, deslizándose sobre la calzada, continuamente. El ensordecedor ruido ascendía con un clamor, con un ronquido prolongado, monótono, como una nota de órgano que acompañase la eterna procesión de pequeñas muñecas mecánicas. Renée creyó, por un momento, que acababa de producirse un accidente. Una riada de personas se movía a la izquierda, un poco más allá del pasaje de la ópera. Pero, al coger sus quevedos, reconoció la parada de los ómnibus; había mucha gente en la acera, de pie, esperando, precipitándose en cuanto llegaba un carruaje. Oyó la voz ruda del cobrador llamando los números, luego los tintineos del contador le llegaban con repiques cristalinos. Se detuvo en los anuncios de un quiosco, crudamente coloreados como las estampas de Epinal; había allí, sobre un cuadrado, en un marco amarillo y verde, una cabeza de diablo riendo, con el pelo erizado, reclamo de un sombrerero, que ella no entendió. Cada cinco minutos pasaba el ómnibus de Batignolles, con sus faroles rojos y su caja amarilla, doblando por la esquina de la calle Le Peletier, sacudiendo la casa con su estruendo; y ella veía a los hombres de la imperial, rostros fatigados que se alzaban y los miraban, a ella y a Maxime, con la mirada curiosa de

los hambrientos al pegar el ojo a una cerradura. - ¡Ah! -dijo ella-. ¡A estas horas el parque Monceau duerme tan tranquilo! Fue la única frase que pronunció. Se quedaron allí unos veinte minutos, silenciosos, abandonándose a la embriaguez de los ruidos y los resplandores. Después, puesta la mesa, fueron a sentarse, y como ella parecía incómoda con la presencia del camarero, él lo despidió. -Déjenos... Llamaré para el postre. Ella tenía en las mejillas un leve rubor y sus ojos brillaban; daba la impresión de que acababa de correr. Traía de la ventana un poco del jaleo y de la animación del bulevar. No quiso que su compañero cerrara los postigos. - ¡Qué va!, es la orquesta -decía ella, cuando él se quejaba del ruido-. ¿No opinas que es una música muy divertida? Acompañará muy bien nuestras ostras y nuestra perdiz. Sus treinta años se rejuvenecían con la escapada. Tenía movimientos vivos, una pizca de fiebre, y aquel reservado, aquel mano a mano con un joven entre el guirigay de la calle, la fustigaban, le daban un aire de doncella. Atacó las ostras con decisión. Maxime no tenía hambre, la miraba devorar sonriendo. - ¡Diablos! -murmuró-, habrías sido una excelente comilona. Ella se detuvo, enojada por comer tan deprisa. -¿Opinas que tengo hambre? ¡Qué quieres! Es esa hora de baile idiota que me abrió el apetito... ¡Ah!, pobre amigo mío, ¡te compadezco por vivir en ese mundo! -Sabes perfectamente -dijo- que te he prometido dejar a Sylvia y a Laure de Aurigny, el día que tus amigas quieran venir a cenar conmigo. Ella hizo un gesto soberbio. - ¡Pues claro! Me lo creo. Somos mucho más divertidas que esas damas, confíesalo... Si una de nosotras abrumara a un amante como tu Sylvia y tu Laure de Aurigny deben de abrumaros, ¡la pobrecita no conservaría ese amante ni una semana!... Nunca quieres escucharme. Prueba, un día de éstos. Maxime, para no llamar al camarero, se levantó, recogió las conchas de las ostras y trajo la perdiz, que estaba en la consola. La mesa tenía el lujo de los grandes restaurantes. Sobre el mantel adamascado pasaba un soplo de adorable desenfreno, y Renée paseaba sus finas manos del tenedor al cuchillo, del plato al vaso, con leves estremecimientos de gusto. Bebió vino blanco sin agua, ella que ordinariamente bebía agua apenas teñida. Maxime, de pie, mientras le servía con cómicas complacencias, la servilleta al brazo, prosiguió: -¿Qué es lo que ha podido decirte el señor De Saffré para que estés tan furiosa? ¿Es que te encontró fea? - ¡Oh!, ése -respondió ella-, qué tipo más desagradable. Jamás hubiera creído que un caballero tan distinguido, tan educado en mi casa, hablase semejante lengua. Pero lo perdono. Son las mujeres las que me irritaron. Parecían vendedoras de manzanas. Había una que se quejaba de tener un divieso en la cadera y, un poco más, y creo que se habría levantado la falda para mostrarle su mal a todo el mundo. Maxime se reía a carcajadas. -No, en serio -continuó ella animándose-, no os entiendo; son sucias e idiotas... Y pensar que cuando te veía ir a casa de tu Sylvia me imaginaba cosas prodigiosas, festines antiguos, como los que se ven en los cuadros, con seres coronados de rosas, copas de oro, voluptuosidades extraordinarias. ¡Ah, pues sí! Me has enseñado un tocador desaseado y mujeres que juraban como carreteros. No vale la pena hacer el mal. Maxime quiso protestar, pero ella le impuso silencio y, sujetando con la punta de los dedos un hueso de perdiz que roía delicadamente, agregó en voz más baja: -El mal debería ser algo exquisito, querido amigo... Yo, que soy una mujer honrada, cuando me aburro y cometo el pecado de soñar imposibles, estoy segura de que encuentro cosas mucho más bonitas que las Blanchés Muller. -Y con aire grave, concluyó con esta frase profunda de ingenuo cinismo: - Es una cuestión de educación, ¿comprendes? Dejó suavemente el huesecito en su plato. El zumbido de los carruajes continuaba, sin que una nota más viva se elevase. Renée se veía obligada a alzar la voz para que Maxime pudiera oírlo, y el rubor de sus mejillas aumentaba. Había todavía, sobre la consola, trufas, un dulce de cocina, espárragos, una curiosidad para la estación. Él lo trajo todo, para no tener que molestarse más, y, como la mesa era un poco estrecha, colocó en el suelo, entre ella y él, un cubo de plata lleno de hielo, en el cual se encontraba una botella de champán. El apetito de la joven se le iba contagiando. Probaron todos los platos, vaciaron la botella de champán, con brusca alegría, lanzándose a teorías escabrosas, acodándose como dos amigos que descargan su corazón, después de beber. En el bulevar el ruido disminuía; pero ella lo oía crecer, al contrario, y todas aquellas ruedas, a veces, le parecían girar en su cabeza. Cuando Maxime habló de llamar para el postre, ella se levantó, sacudió su largo ropón de raso, para que cayeran las migas, diciendo: -Eso es... ¿Sabes?, puedes encender un puro. -Estaba un poco aturdida. Fue hacia la ventana, atraída por un ruido especial que no se explicaba. Cerraban las tiendas-. Mira -dijo volviéndose hacia Maxime-, la orquesta está recogiendo. Se inclinó de nuevo. En el medio, en la calzada, los simones y los ómnibus seguían cruzando sus ojos de color, más escasos y más rápidos. Pero en los lados, a lo largo de las aceras, se habían vuelto profundos grandes agujeros de sombra, delante de las tiendas cerradas. Sólo los cafés llameaban aún, rayando el asfalto con listas luminosas. Desde la calle Drouot a la calle de Helder, Renée distinguía así una larga fila de cuadrados blancos y cuadrados negros, en los cuales los últimos paseantes surgían y se desvanecían de extraña manera. Sobre todo las profesionales, con las colas de sus trajes, sucesivamente iluminadas con crudeza y anegadas en la sombra, adquirirían un aire de aparición, de marionetas macilentas, al cruzar el rayo eléctrico de algún mundo fantástico. Se divirtió un momento con este juego. La luz ya no se difundía; los reverberos de gas se apagaban; los abigarrados quioscos manchaban las tinieblas más difícilmente. A

veces pasaba un tropel de gente, la salida de algún teatro. Pero pronto se creaban vacíos, y llegaban, bajo la ventana, grupos de dos o tres hombres a los que abordaba una mujer. De pie, discutían. En el debilitado alboroto, algunas de sus palabras ascendían; después, la mujer, a menudo, se iba del brazo de uno de los hombres. Otras andaban de café en café, daban una vuelta entre las mesas, recogían el azúcar olvidado, reían con los camareros, miraban fijamente, con aire de interrogación y silenciosa oferta, a los consumidores rezagados. Y cuando Renée acababa de seguir con los ojos la imperial casi vacía de un ómnibus de Batignolles, reconoció, en una esquina de la acera, a la mujer del traje azul con guipur blanco, erguida, volviendo la cabeza, siempre a la busca. Cuando Maxime fue a buscarla a la ventana, donde ella se ensimismaba, esbozó una sonrisa, al mirar una de las ventanas entreabiertas del Café Anglais; la idea de que su padre cenaba allí por su parte le pareció cómica; pero sentía, esa noche, particulares pudores que cohibían sus bromas habituales. Renée se alejó de la barandilla a disgusto. Una embriaguez, una languidez ascendían de las profundidades más vagas del bulevar. En el zumbido debilitado de los carruajes, en la desaparición de los vivos destellos, había una llamada acariciadora a la voluptuosidad y al sueño. Los cuchicheos que corrían, los grupos parados en un rincón en sombras, convertían la acera en el pasillo de un gran hotel, a la hora en que los viajeros se dirigen a su cama ocasional. Los resplandores y los ruidos seguían muriendo, la ciudad se dormía, soplos de ternura pasaban sobre los tejados. Cuando la joven se dio la vuelta, la luz de la pequeña araña le hizo guiñar los párpados. Estaba un poco pálida ahora, con cortos temblores en la comisura de los labios. Charles disponía el postre; salía, volvía a entrar, dejaba que batiera la puerta, lentamente, con su flemma de hombre formal. - ¡Ya no tengo más hambre! -exclamó Renée-; llévese todos esos platos y dénos café. El camarero, habituado a los caprichos de sus clientes, se llevó el postre y sirvió café. Llenaba el reservado con su importancia. -Por favor, ponlo en la puerta -dijo a Maxime la joven, cuyo corazón brincaba. Maxime lo despidió; pero apenas había desaparecido cuando regresó, una vez más, para correr herméticamente las grandes cortinas de la ventana, con aire discreto. Cuando por fin se hubo retirado, el joven, a quien la impaciencia asaltaba también, se levantó y yendo a la puerta: -Espera -dijo-, tengo un método para que nos deje en paz. Y corrió el cerrojo. -Eso es -prosiguió ella-; estamos en casa, al menos. Sus confidencias, sus charlas de buenos compañeros, volvieron a empezar. Maxime había encendido un puro. Renée bebía su café a sorbitos y se permitía incluso una copa de chartreuse. La pieza se caldeaba, se llenaba de un humo azulado. Ella acabó poniendo los codos sobre la mesa y apoyando la barbilla entre sus dos puños semicerrados. Con este leve apretón, su boca se empequeñecía, sus mejillas subían un poco, y sus ojos, más estrechos, relucían más. Así arrugada, su carita era adorable, bajo la lluvia de rizos dorados que le bajaban ahora hasta las cejas. Maxime la miraba a través del humo de su cigarro. La encontraba original. A veces ya no estaba muy seguro de su sexo; la gran arruga que le cruzaba la frente, los morritos de sus labios salidos, su aire indeciso de miope, la convertían en un jovencito; tanto más cuanto que el largo ropón de raso negro le llegaba tan arriba que apenas se veía, bajo la barbilla, una línea del cuello blanca y grasa. Ella se dejaba mirar con una sonrisa, sin mover la cabeza, la mirada perdida, la palabra olvidada. Después tuvo un brusco despertar; fue a mirar el espejo, hacia el cual sus ojos vagos se volvían hacía un instante. Se puso de puntillas, apoyó las manos en el borde de la chimenea, para leer aquellas firmas, aquellas frases atrevidas que la habían alarmado antes de la cena. Deletreaba las sílabas con cierta dificultad, reía, seguía leyendo, como un colegial que vuelve las páginas de un Piron en su pupitre. Alexis Piron (1689-1773); poeta y autor de sátiras y de canciones a veces licenciosas. - «Ernest y Clara» -decía-, y debajo hay un corazón que parece un embudo... ¡Ah!, aquí hay algo mejor: «Adoro a los hombres, porque adoro las trufas». Firmado «Laure». Dime, Maxime, ¿es la de Aurigny quien ha escrito esto?... Y después ahí tienes las armas de una de esas damas creo; una zorra fumando una gran pipa... Y más nombres, el calendario de las santas y los santos: Victor, Amélie, Alexandre, Édouard, Marguerite, Paquita, Louise, Renée... Hombre, hay una que se llama como yo... Maxime veía en el espejo su cabeza ardiente. Renée se alzaba aún más, y su dominó, tensándose por detrás, dibujaba el quiebro de su talle, el desarrollo de sus caderas. El joven seguía la línea del raso que se pegaba como un camisón. Se levantó a su vez y tiró el puro. Estaba incómodo, inquieto. Le faltaba algo ordinario y acostumbrado. - ¡Ah!, ahí tienes tu nombre, Maxime -exclamó Renée...-. Escucha... «Amo a...» Pero él se había sentado en una esquina del diván, casi a los pies de la joven. Consiguió cogerle las manos, con un rápido movimiento; la apartó del espejo, diciéndole con voz singular: -Por favor, no leas eso. Ella se debatió riendo nerviosamente. -¿Por qué no? ¿Es que no soy tu confidente? Pero él, insistiendo, con un tono más ahogado: -No, no, no esta noche. La seguía sujetando, y ella daba leves sacudidas con sus puños para soltarse. Tenían unos ojos que no reconocían, una larga sonrisa forzada y un poco vergonzosa. Renée cayó de rodillas, en el extremo del diván. Continuaban luchando, aunque ella no hizo ningún movimiento hacia el espejo y se abandonaba ya. Y como el joven la cogía por el medio del cuerpo, ella dijo con su risa embarazada y desfallecida: -Vamos, déjame... Me haces daño. Fue el único murmullo de sus labios. En el gran silencio del reservado, donde el gas parecía llamear más alto, sintió temblar el suelo y oyó el estruendo del ómnibus de

Batignolles que debía de doblar por la esquina del bulevar. Y ni una palabra más. Cuando se encontraron uno al lado del otro, sentados en el diván, él balbució, en medio del mutuo malestar: -Bah! Un día u otro tenía que ocurrir. Ella no decía nada. Miraba con aire anonadado los rosetones de la alfombra. -¿Es que tú lo pensabas?... -continuó Maxime, balbuciendo aún más-. Yo, en absoluto... Habría tenido que desconfiar del reservado... Pero ella, con voz profunda, como si toda la honradez burguesa de los Béraud du Châtel despertase con esta falta suprema: - ¡Es infame lo que acabamos de hacer! -murmuró, desilusionada, la cara envejecida y muy grave. Se ahogaba. Fue hacia la ventana, descorrió las cortinas, se acodó. La orquesta estaba muerta; la falta se había cometido entre el último temblor de los bajos y el canto lejano de los violines, vaga sordina del bulevar dormido y soñando con el amor. Abajo, la calzada y las aceras se hundían, se alargaban, en medio de una soledad gris. Todas aquellas ruedas rugientes de los simones parecían haberse ido, llevándose la claridad y el gentío. Bajo la ventana, el Café Riche estaba cerrado, ni un hilillo de luz se filtraba por los postigos. Al otro lado de la avenida, unos resplandores como de brasas iluminaban sólo la fachada del Café Anglais, una ventana entre otras, entornada, y de donde salían risas débiles. Y, a lo largo de toda esa cinta de sombra, desde el recodo de la calle Drouot al otro extremo, todo lo lejos que sus miradas podían llegar, no veía sino las manchas simétricas de los quioscos que enrojecían y verdeaban la noche, sin iluminarla, semejantes a lamparillas de noche espaciadas en un dormitorio gigante. Renée levantó la cabeza. Los árboles recortaban sus altas ramas sobre un cielo claro, mientras la línea irregular de las casas se perdía como los cúmulos de una costa rocosa, a orillas de un mar azulado. Pero aquella franja de cielo la entristecía más, y era en las tinieblas del bulevar donde encontraba cierto consuelo. Lo que quedaba, al ras de la avenida desierta, del ruido y del vicio de la noche, la disculpaba. Creía sentir el calor de todos esos pasos de hombres y mujeres subir desde la acera que se enfriaba. Las vergüenzas que se habían arrastrado allí, deseos de un minuto, ofertas hechas en voz baja, nupcias de una noche pagadas por adelantado, se evaporaban, flotaban en un vaho pesado que las ráfagas matinales se llevaban rodando. Inclínada sobre las sombras, respiró aquel silencio estremecido, aquel aroma de alcoba, como un estímulo que le venía de abajo, como una seguridad de vergüenza compartida y aceptada por una ciudad cómplice. Y cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad, divisó a la mujer del traje azul guarnecido de guipur, sola en la soledad gris, de pie en el mismo sitio, esperando y ofreciéndose a las tinieblas vacías. La joven, al volverse, distinguió a Charles, que miraba a su alrededor, olisqueando. Acabó viendo la cinta azul de Renée, arrugada, olvidada en una esquina del diván. Y se apresuró a llevársela, con su aire cortés. Entonces ella percibió toda su vergüenza. De pie ante el espejo, las manos torpes, intentó anudarse la cinta. Pero su moño había caído, los ricitos estaban aplastados sobre las sienes, no podía hacer el lazo. Charles acudió en su ayuda, diciendo, como si hubiera ofrecido una cosa normal, un enjuague o un palillo de dientes: -¿La señora quiere el peine?... - ¡Ah!, no, es inútil -interrumpió Maxime, que lanzó al camarero una mirada de impaciencia-. Vaya a buscarnos un coche. Renée se decidió a ponerse simplemente la capucha de su dominó. Y, cuando iba a apartarse del espejo, se alzó ligeramente, para encontrar las palabras que el abrazo de Maxime le había impedido leer. Había, ascendiendo hacia el techo, y con una basta letra abominable, esta declaración firmada por Sylvia: «Amo a Maxime». Frunció los labios y se caló la capucha un poco más. En el carruaje, experimentaron una horrible incomodidad. Se habían colocado, como al bajar del parque Monceau, uno frente a otro. No encontraban ninguna frase que decirse. El simón estaba lleno de una sombra opaca, y el puro de Maxime ya ni siquiera ponía un punto rojo, un relámpago de brasa rosada. El joven, perdido de nuevo entre las enaguas «de las que estaba hasta las narices», sufría con aquellas tinieblas, con aquel silencio, con aquella mujer muda, que sentía a su lado y cuyos grandes ojos desencajados sobre la noche se imaginaba. Para parecer menos tonto, acabó buscando su mano, y cuando la tuvo en la suya, se sintió aliviado, encontró la situación tolerable. La mano se abandonaba, blanda y soñadora. El simón cruzaba la plaza de la Madeleine. Renée pensaba que no era culpable. No había querido el incesto. Y cuanto más ahondaba en su interior, más inocente se encontraba, en las primeras horas de su escapada, en su salida furtiva del parque Monceau, en casa de Blanche Muller, en el bulevar, hasta en el reservado del restaurante. ¿Por qué, pues, había caído de rodillas sobre el borde del diván? Ya no lo sabía. Ciertamente, no había pensado ni un segundo en eso. Se habría negado con cólera. Era en broma, se divertía, nada más. Y volvía a encontrar, en el rodar del simón, la orquesta ensordecedora del bulevar, el ir y venir de hombres y mujeres, mientras barras de fuego ardían ante sus ojos fatigados. Maxime, en su rincón, soñaba también con algún incordio. Estaba enojado por la aventura. Echaba la culpa al dominó de raso negro. ¡Habrased visto nunca una mujer con semejante facha! Ni siquiera se le veía el cuello. La había tomado por un muchacho, jugaba con ella, y no era culpa suya si el juego se había vuelto serio. De seguro, no la habría tocado con la yema de los dedos si ella hubiera enseñado sólo un trozo de hombro. Habría recordado que era la mujer de su padre. Después, como no le gustaban las reflexiones desagradables, se perdonó. ¡Mala suerte, después de todo! Trataría de no volver a hacerlo. Era una tontería. El simón se detuvo, y Maxime bajó el primero para ayudar a Renée. Pero, en la puertecita del

parque, no se atrevió a besarla. Se dieron la mano, como de costumbre. Ella se encontraba ya al otro lado de la verja cuando, por decir algo, confesando sin quererlo una preocupación que rondaba vagamente por su ensueño desde el restaurante: -¿Qué es -preguntó ella-, ese peine del que habló el camarero? -Ese peine -repitió Maxime, cortado-, pues no sé... Renée comprendió repentinamente. El reservado tenía sin duda un peine que entraba en el material, con el mismo derecho que las cortinas, el cerrojo y el diván. Y sin esperar una explicación que no llegaba, se hundió en las tinieblas del parque Monceau, apretó el paso, creyendo ver a su zaga esos dientes de concha en los que Laure de Aurigny y Sylvia habían debido de dejar cabellos rubios y cabellos negros. Se sentía muy febril. Céleste tuvo que meterla en cama y velarla hasta la mañana. Maxime, en la acera del bulevar Malesherbes, se consultó un momento, para saber si se uniría a la alegre pandilla del Café Anglais; después, con la idea de que estaba castigándose, decidió que debía irse a acostar. Al día siguiente, Renée se despertó tarde de una noche pesada y sin sueños. Mandó encender un gran fuego, dijo que pasaría el día en su habitación. Ése era su refugio, en las horas graves. Hacia mediodía, su marido, al no verla bajar para el almuerzo, le pidió permiso para conversar un instante. Ella se negaba ya, con una pizca de inquietud, cuando mudó de parecer. La víspera había entregado a Saccard una cuenta de Worms, que ascendía a ciento treinta y seis mil francos, una cifra un poco exagerada, y sin duda él deseaba permitirse la galantería de darle en persona el recibo. Le vino la idea de los ricitos de la víspera. Miró tranquilamente en el espejo sus cabellos, que Céleste había peinado en gruesas trenzas. Luego se ovilló al amor de la lumbre, hundiéndose en los encajes de su bata. Saccard, cuyas habitaciones se encontraban igualmente en el primer piso, simétricas a las de su mujer, apareció en zapatillas, como un marido. Apenas ponía los pies una vez al mes en el dormitorio de Renée, y siempre por alguna delicada cuestión de dinero. Esa mañana, tenía los ojos enrojecidos, la tez pálida de un hombre que no ha dormido. Besó la mano de su mujer, galantemente. -¿Está usted enferma, mi querida amiga? -dijo sentándose al otro lado de la chimenea-. Un poco de jaqueca, ¿no?... Perdóneme que le rompa los cascos con mi galimatías de hombre de negocios; pero la cosa es bastante grave... -Sacó de un bolsillo de su bata la minuta de Worms, cuyo papel glaseado reconoció Renée-. Encontré ayer esta cuenta en mi escritorio -continuó-, y estoy desolado, no puedo en absoluto pagarla en este momento. -Estudió con el rabillo del ojo el efecto producido por sus palabras. Renée parecía profundamente asombrada. El prosiguió con una sonrisa-: Ya sabe usted, mi querida amiga, que no tengo la costumbre de examinar sus gastos. No digo que ciertos detalles de esta minuta no me hayan sorprendido un poco. Así, por ejemplo, veo aquí, en la segunda página: «Traje de baile: tela, 70 fr.; hechura, 600 fr.; dinero prestado, 5.000 fr.; agua del doctor Pierre, 6 fr.», Ahí tiene un traje de setenta francos que sube mucho... Pero ya sabe que comprendo todas las debilidades. Su cuenta es de ciento treinta y seis mil francos, y usted ha sido casi prudente, relativamente, quiero decir... Sólo que, lo repito, no puedo pagar, lo siento. Ella tendió la mano, con un gesto de contenido despecho. -Está bien -dijo secamente-, devuélvame la minuta. Pensaré algo. -Veo que no me cree -murmuró Saccard, saboreando como un triunfo la incredulidad de su mujer sobre sus apuros de dinero-. No digo que mi posición esté amenazada, pero los negocios andan muy nerviosos en este momento... Déjeme, aunque le importune, explicarle nuestro caso; usted me ha confiado su dote, y le debo completa franqueza. Dejó la minuta sobre la chimenea, cogió las tenazas, empezó a atizar el fuego. Esta manía de hurgar en las cenizas, mientras hablaba de negocios, era en él un cálculo que había acabado por convertirse en hábito. Cuando llegaba a una cifra, a una frase difícil de pronunciar, provocaba un derrumbamiento que reparaba a continuación laboriosamente, acercando los leños, recogiendo y amontonando astillitas de madera. Otras veces, casi desaparecía en la chimenea, para ir a buscar un trozo de brasa perdido. Su voz se ensordecía, la gente se impacientaba, se interesaba por sus sabias construcciones de carbones ardientes, ya no le escuchaba, y generalmente salía de su casa apaleada y contenta. Incluso en casa ajena se apoderaba despóticamente de las tenazas. En verano, jugaba con una pluma, una plegadera, un cortaplumas. -Mi querida amiga -dijo dando un gran golpe que desordenó el fuego-, le pido una vez más perdón por entrar en estos detalles... Le he pasado puntualmente la renta de los fondos que usted puso en mis manos. Puedo incluso decir, sin herirla, que he considerado esa renta sólo como su dinero para alfileres, pagando sus gastos, no pidiéndole nunca su aportación de la mitad de los gastos comunes de la casa. -Enmudeció. Renée sufría, lo miraba hacer un gran hueco en la ceniza para enterrar la punta de un leño. Llegaba a una confesión delicada-. He tenido, como comprenderá, que hacer que su dinero produjera intereses considerables. Los capitales están en buenas manos, puede estar tranquila... En cuanto a las sumas procedentes de sus bienes de Sologne, han servido en parte para pagar el palacete donde vivimos; el resto está colocado en un excelente negocio, la Sociedad General de los Puertos de Marruecos... No vamos a hacer cuentas juntos, ¿verdad?, pero quiero probarle que los pobres maridos son a veces poco apreciados. Un motivo poderoso debía de impulsarle a mentir menos que de costumbre. La verdad era que la dote de Renée no existía desde hacía tiempo; había pasado, en la caja de Saccard, al estado de valor ficticio. Aunque pagaba los intereses a más del doscientos o el trescientos por cien, no habría podido presentar el

menor título ni hallar el más pequeño efectivo sólido del capital primitivo. Como confesaba a medias, por otra parte, los quinientos mil francos de los bienes de Sologne habían servido para dar una primera entrega a cuenta del palacete y del mobiliario, que costaban juntos cerca de dos millones. Debía aún un millón al tapicero y al contratista. -No le reclamo nada -dijo por fin Renée-, ya sé que estoy muy endeudada con usted. - ¡Oh, mi querida amiga! -exclamó Saccard, cogiendo la mano de su mujer, sin abandonar las tenazas-. ¡Qué desagradable idea se le ocurre!... En dos palabras, vaya, he tenido mala suerte en la Bolsa, Toutin-Laroche ha hecho tonterías, los Mignon y Charrier son unos cernícalos que me la dan con queso. Por eso no puedo pagar su cuenta. Me perdona, ¿verdad? Parecía realmente emocionado. Hundió las tenazas entre los leños, encendió cohetes de chispas. Renée recordó el aspecto inquieto que tenía desde hacía algún tiempo. Pero no pudo adentrarse en la asombrosa verdad. Saccard había llegado a una proeza cotidiana. Habitaba en un palacete de dos millones, vivía como un príncipe, y ciertas mañanas no tenía mil francos en su caja. Sus gastos no parecían disminuir. Vivía de deudas, entre un pueblo de acreedores que engullían día tras día los beneficios escandalosos que obtenía en ciertos negocios. En aquel tiempo, en ese mismo momento, las sociedades se derrumbaban debajo de él, se excavaban nuevos hoyos más profundos, por encima de los cuales saltaba, al no poder colmarlos. Marchaba así sobre un terreno minado, en una crisis continua, liquidando facturas de cincuenta mil francos y sin pagar el sueldo de su cochero, marchando siempre con un aplomo cada vez más regio, vaciando con más rabia sobre París su caja vacía, de donde continuaba saliendo el río de oro de legendarias fuentes. La especulación atravesaba entonces por una mala hora. Saccard era un digno hijo del ayuntamiento. Había tenido la rapidez de transformación, la fiebre de placeres, la ceguera de gastos que agitaba París. En ese momento, como la Villa, se encontraba frente a un formidable déficit que había que llenar secretamente; pues no quería oír hablar de cordura, de economía, de existencia tranquila y burguesa. Prefería conservar el lujo inútil y la miseria real de aquellas vías nuevas, de las que había sacado su colosal fortuna de cada mañana agotada cada noche. De aventura en aventura, ya no tenía sino la fachada dorada de un capital ausente. En esa hora de cálida locura, el propio París comprometía su futuro con más arrebató y se encaminaba en derechura a todas las tonterías y a todos los timos financieros. La liquidación amenazaba con ser terrible. Las más hermosas especulaciones se estropeaban entre las manos de Saccard. Acababa de sufrir, como decía, considerables pérdidas en la Bolsa. El señor Toutin-Laroche había estado a punto de hundir el Crédito Vitícola en un juego al alza que se había vuelto repentinamente contra él; afortunadamente el gobierno, interviniendo bajo cuerda, había puesto en pie la famosa máquina del préstamo hipotecario a los cultivadores. Saccard, quebrantado por esta doble sacudida, muy maltratado por su hermano el ministro, a raíz del riesgo que acababa de correr la solidez de los bonos de delegación de la Villa, comprometida con la del Crédito Vitícola, andaba aún menos afortunado en su especulación con los inmuebles. Los Mignon y Charrier habían roto totalmente con él. Si los acusaba, era por una rabia sorda de haberse equivocado, mandando edificar sobre su parte de terrenos, mientras ellos vendían prudentemente la suya. En tanto que ellos conseguían una fortuna, él se quedaba con sus casas a cuestras, y a menudo sólo se desembarazaba de ellas con pérdidas. Entre otras, vendió en trescientos mil francos, en la calle de Marignan, un hotel por el cual debía aún trescientos ochenta mil. Había inventado una jugada de su estilo, que consistía en exigir diez mil francos por un piso que valía a lo sumo ocho mil; el asustado inquilino sólo firmaba el arriendo cuando el propietario accedía a regalarle los dos primeros años de alquiler; el piso quedaba reducido de esta forma a su precio real, pero el arrendamiento llevaba la cifra de diez mil francos al año, y, cuando Saccard encontraba un comprador y capitalizaba los ingresos del inmueble, llegaba a una auténtica fantasmagoría en el cálculo. No pudo aplicar este timo a lo grande; sus casas no se alquilaban; las había edificado demasiado pronto; pérdidas en medio de desmontes, en pleno fango, en invierno, su situación las perjudicaba considerablemente. El asunto que más le afectó fue la gran pillería de Mignon y Charrier, que le compraron el hotel cuya construcción había tenido que abandonar, en el bulevar Malesherbes. A los contratistas les habían entrado por fin las ganas de habitar en «su bulevar». Como habían vendido su parte de solares de plusvalía, y olfateaban los apuros de su ex socio, se ofrecieron a desembarazarlo del cercado en cuyo centro se alzaba el hotel hasta el suelo del primer piso, con la armazón de hierro parcialmente colocada. Sólo que motejaron de inútiles cascotes aquellos sólidos cimientos de piedra de sillería, diciendo que habrían preferido el suelo desnudo, para construir a su gusto. Saccard tuvo que vender, sin tener en cuenta los ciento y pico mil francos que ya había gastado. Y lo que le exasperó aún más fue que los contratistas nunca quisieron recobrar el terreno a doscientos cincuenta francos el metro, cifra pagada cuando la partición. Le rebajaron veinticinco francos por metro, como esas prenderas que no dan más de cuatro francos por un objeto que han vendido en cinco la víspera. Dos días después, Saccard tuvo el dolor de ver un ejército de albañiles que invadían el cercado de tablas y continuaban edificando sobre los «cascotes inútiles». Representaba, pues, tanto mejor sus apuros ante su mujer, cuanto que sus asuntos se enredaban cada vez más. No era un hombre como para confesarse por amor a la verdad. -Pero, señor mío -dijo Renée con aire de duda-, si usted

se encontraba en aprietos, ¿por qué haberme comprado ese tembleque y ese collar que le han costado, creo, sesenta y cinco mil francos?... No sé qué hacer con esas joyas; voy a verme obligada a pedirle permiso para deshacerme de ellas para darle algo a cuenta a Worms. - ¡Se guardará usted mucho! -exclamó él con inquietud-. Si mañana no le ven esas joyas en el baile del Ministerio, empezarán los cotilleos sobre mi situación... -Estaba bonachón, esa mañana. Acabó por sonreír y por murmurar guiñando los ojos-: Mi querida amiga, nosotros, los especuladores, somos como las mujeres bonitas, tenemos nuestras marrullerías... Le ruego que conserve su tembleque y su collar, por amor a mí. No podía contar la historia, que era de lo más bonita, aunque un poco atrevida. Al final de una cena Saccard y Laure cerraron un tratado de alianza. Laure estaba acibillada a deudas y sólo pensaba en encontrar un buen jovencito que quisiera raptarla y conducirla a Londres. Saccard, por su parte, sentía el suelo abrirse bajo sus pies; su imaginación acorralada buscaba un expediente que lo mostrara ante el público tendido en un lecho de oro y billetes de banco. La mujer de vida alegre y el especulador, en las semiembriaguez de los postres, se entendieron. A él se le ocurrió la idea de aquella venta de diamantes que congregó a todo París y en la cual él compró, dando mucho que hablar, joyas para su mujer. Después, con el producto de la venta, alrededor de cuatrocientos mil francos, logró satisfacer a los acreedores de Laure, a quienes ésta debía más o menos el doble. E incluso ha de creerse que retiró del juego parte de sus setenta y cinco mil francos. Cuando se le vio liquidar la situación de la De Aurigny, pasó por su amante, se creyó que pagaba la totalidad de sus deudas, que hacía locuras por ella. Todas las manos se tendieron hacia él, el crédito volvió, formidable. Y en la Bolsa se bromeaba sobre su pasión con sonrisas y alusiones que le encantaban. Durante ese tiempo, Laure de Aurigny, puesta en primer plano por todo aquel jaleo, y en casa de la cual él no pasó ni una sola noche, fingía engañarlo con ocho o diez imbéciles seducidos por la idea de robar a un hombre tan colosalmente rico. En un mes, tuvo dos mobiliarios y más diamantes de los que había vendido. Saccard había adquirido la costumbre de ir a fumar un puro a su casa, por la tarde, al salir de la Bolsa; a menudo vislumbraba faldones de levita que huían, alarmados, entre las puertas. Cuando estaban solos, no podían mirarse sin reír. Él la besaba en la frente, como a una perversa cuya tunantería le entusiasmaba. No le daba un céntimo, e incluso una vez ella le prestó dinero, para una deuda de juego. Renée quiso insistir, habló de empeñar al menos las joyas; pero su marido le hizo comprender que era imposible, que todo París esperaba vérselas al día siguiente. Entonces la joven, a la que la cuenta de Worms inquietaba, buscó otro expediente: -Pero -exclamó de pronto-, mi negocio de Charonne marcha bien, ¿no? Usted me decía aún el otro día que los beneficios serían soberbios... ¿No me adelantaría Larsonneau los ciento treinta y seis mil francos? Saccard, desde hacía un instante, olvidaba las tenazas entre sus piernas. Las cogió vivamente, se inclinó, casi desapareció en la chimenea, donde la joven oyó sordamente su voz que murmuraba: -Sí, sí, Larsonneau quizá pudiera... Llegaba al fin, por sí sola, al punto a donde él la llevaba suavemente desde el inicio de la conversación. Hacía ya dos años que preparaba un golpe genial, por el lado de Charonne. Su mujer no había querido enajenar nunca los bienes de la tía Elisabeth; había jurado a esta última conservarlos intactos para legárselos a su hijo, si algún día era madre. Ante esta testarudez, la imaginación del especulador trabajó y acabó por edificar todo un poema. Era una obra de exquisita perversidad, un colosal timo cuyas víctimas serían la Villa, el Estado, su mujer y hasta Larsonneau. No volvió a hablar de vender los terrenos; sólo gemía cada día por lo tonto que era dejarlos improductivos, contentarse con una renta del dos por ciento. Renée, siempre apurada de dinero, acabó por aceptar la idea de una especulación. Él basó su operación en la certeza de una expropiación inminente, para la apertura del bulevar del Príncipe Eugenio, (El actual bulevar Voltaire.), cuyo trazado aún no estaba claramente decidido. Y fue entonces cuando llevó a su antiguo cómplice Larsonneau, como un socio que cerró con su mujer un trato sobre las siguientes bases: ella aportaba los terrenos, que representaban un valor de quinientos mil francos; por su parte, Larsonneau se comprometía a edificar, en esos terrenos, hasta igual suma, una sala de café cantante, acompañada por un gran jardín, donde se instalarían juegos de todas clases, columpios, bolos, bochas, etc. Naturalmente, los beneficios se repartirían, lo mismo que las pérdidas se sufrirían a medias. En el caso de que uno de los socios quisiera retirarse, podría hacerlo, exigiendo su parte, de acuerdo con la tasación que se produciría. Renée pareció sorprendida por la elevada cifra de quinientos mil francos, cuando los terrenos valían a lo sumo trescientos mil. Pero él la persuadió de que era una hábil manera de atar más adelante las manos de Larsonneau, cuyas construcciones jamás alcanzarían tal suma. Larsonneau se había convertido en un elegante vividor, bien enguantado, con camisas deslumbrantes y asombrosas corbatas. Tenía, para hacer sus diligencias, un tálburi fino como una obra de relojería, muy alto de pescante, y que conducía él mismo. Sus oficinas de la calle de Rivoli eran una serie de estancias suntuosas, donde no se veía la menor carpeta, el menor legajo. Sus empleados escribían en mesas de peral ennegrecido, taraceadas, adornadas con cobres cincelados. El adoptaba el título de agente de expropiaciones, un oficio nuevo creado por las obras de París. Sus contactos con el ayuntamiento lo informaban de antemano sobre la apertura de nuevas vías. Cuando había logrado que un inspector de vías le comunicase el trazado de un bulevar, iba a

ofrecer sus servicios a los propietarios amenazados. Y ensalzaba sus recursillos para incrementar la indemnización, actuando antes del decreto de utilidad pública. En cuanto un propietario aceptaba sus ofertas, se hacía cargo de todos los gastos, levantaba un plano de la propiedad, escribía un informe, seguía el asunto ante el tribunal, pagaba a un abogado, mediante un tanto por ciento de la diferencia entre la oferta de la Villa y la indemnización concedida por el jurado. Pero a estas tareas, más o menos confesables, unía otras varias. Prestaba sobre todo con usura. Ya no era el usurero de la vieja escuela, andrajoso, desaseado, de ojos blancos y mudos como piezas de cinco francos, de labios pálidos y apretados como los cordones de una bolsa. Él sonreía, lanzaba ojeadas encantadoras, se hacía vestir por Dusautoy, iba a almorzar a Brébant con su víctima, a quien llamaba «aniguito», ofreciéndole habanos a los postres. En el fondo, con sus chalecos ajustados al talle, Larsonneau era un terrible caballero que habría perseguido el cobro de un pagaré hasta el suicidio del firmante, sin perder nada de su amabilidad. Saccard hubiera buscado de buena gana otro socio. Pero seguía sintiendo inquietudes a propósito del inventario falso que Larsonneau guardaba celosamente. Prefirió meterlo en el negocio, contando con aprovechar cualquier circunstancia para entrar en posesión de aquella pieza comprometedor. Larsonneau edificó el café cantante, una construcción de tablas y yeso, coronada por pináculos de hojalata, que mandó pintarrapear de amarillo y rojo. El jardín y los juegos tuvieron éxito en el populoso barrio de Charonne. Al cabo de dos años, la especulación parecía próspera, aunque los beneficios fueran en realidad muy escasos. Saccard, hasta entonces, sólo había hablado con entusiasmo a su mujer del futuro de tan buena idea. Renée, viendo que su marido no se decidía a salir de la chimenea, donde su voz se ahogaba cada vez más, dijo: -Iré hoy a ver a Larsonneau. Es mi único recurso. Entonces él abandonó el leño con el que luchaba. -La gestión está hecha, mi querida amiga -respondió sonriendo-. ¿Es que no me adelanto yo a todos sus deseos?... Vi a Larsonneau ayer por la tarde. -¿Y le prometió los ciento treinta y seis mil francos? -preguntó ella con ansiedad. Él hacía, entre los dos leños que llameaban, una montañita de brasas recogiendo delicadamente, con la punta de las tenazas, los mínimos fragmentos de carbón, mirando con pinta satisfecha alzarse aquel cerro que construía con arte infinito. - ¡Oh! ¡Qué prisas tiene!... -murmuró-. Ciento treinta y seis mil francos es una gran suma... Aunque Larsonneau sea un buen chico, su caja es todavía modesta. Está dispuesto a servirla... Se demoraba, guiñando los ojos, reedificando una esquina del cerro que acababa de derrumbarse. Este juego empezaba a enredar las ideas de la joven. Siguió a su pesar el trabajo de su marido, cuya torpeza aumentaba. Se sentía tentada a darle consejos. Olvidándose de Worms, de la minuta, de la falta de dinero, acabó diciendo. -Coloque ese pedazo gordo ahí encima; los otros resistirán. Su marido la obedeció dócilmente, agregando: -No puede encontrar más que cincuenta mil francos. De todos modos, es una buena cantidad a cuenta... Sólo que no quiere mezclar este asunto con el de Charonne. No es sino un intermediario, ¿comprende, amiga mía? La persona que presta el dinero pide intereses enormes. Querría un pagaré de ochenta mil francos, a seis meses vista. Y habiendo coronado el cerro con un trozo de brasa puntiagudo, cruzó las manos sobre las tenazas mirando fijamente a su mujer. - ¡Ochenta mil francos! - exclamó ésta-. ¡Pero es un robo!... ¿Es que me aconseja usted semejante locura? -No -dijo él claramente-. Pero, si necesita indispensablemente el dinero, no se la prohíbo. Se levantó como para retirarse. Renée, con cruel indecisión, miró a su marido y la minuta que éste dejaba sobre la chimenea. Acabó por cogerse la pobre cabeza entre las manos, murmurando: - ¡Oh! ¡Estos negocios!... Tengo la cabeza rota, esta mañana... Vamos, firmaré ese pagaré de ochenta mil francos. Si no lo hiciera, me pondría enferma del todo. Me conozco, me pasaré el día en un horroroso combate... Prefiero hacer las tonterías en seguida. Eso me alivia. Y habló de llamar para que le fueran a buscar papel timbrado. Pero él quiso prestarle ese servicio en persona. Sin duda llevaba el papel timbrado en el bolsillo, pues su ausencia duró apenas dos minutos. Mientras ella escribía en una mesita que él había empujado al amor de la lumbre, Saccard la examinaba con unos ojos en los que se encendía un asombroso deseo. Hacía mucho calor en el cuarto, lleno aún del despertar de la joven, de los aromas de su primer aseo. Al charlar, ella había dejado deslizarse los pliegues de la bata en la que se había arrebujado, y la mirada de su marido, de pie ante ella, se deslizaba sobre la cabeza inclinada, entre el oro de sus cabellos, más lejos, hasta las blancuras de su cuello y de su pecho. Sonreía con aire singular; el fuego ardiente que le había quemado la cara, la habitación cerrada donde la atmósfera cargada conservaba un olor de amor, los cabellos amarillos y la piel blanca que lo tentaban con una especie de desdén conyugal, lo volvían soñador, amplificaban el drama brutal una de cuyas escenas acababa de representar, alumbraban algún secreto y voluptuoso cálculo en su carne brutal de agiotista. Cuando su mujer le tendió el pagaré, rogándole que rematara el asunto, lo cogió, sin dejar de mirarla. -Es usted maravillosamente hermosa... -murmuró. Y, al agacharse ella para apartar la mesa, él la besó rudamente en el cuello. Renée lanzó un gritito. Después se levantó, estremeada, tratando de reír, pensando invenciblemente en los besos del otro, la víspera. Pero Saccard se arrepintió de aquel beso de cochero. La dejó, estrechándole amistosamente la mano, y prometiéndole que tendría los cincuenta mil francos esa misma noche. Renée dormitó todo el día ante el fuego. En las horas de crisis, tenía languideces de criolla. Entonces toda su

turbulencia se volvía perezosa, friolenta, dormida. Tiritaba, necesitaba ascuas ardientes, un calor sofocante que ponía en su frente gotitas de sudor y la amodorraba. En aquella atmósfera candente, en aquel baño de llamas, casi no sufría; su dolor se convertía en una especie de ligero sueño, una vaga opresión, cuya propia indecisión acababa por ser voluptuosa. Fue así como mecía hasta la noche sus remordimientos de la víspera, en la claridad roja del hogar, frente a un terrible fuego que hacía crujir los muebles a su alrededor, y que la desposeía, a ratos, de la conciencia de su ser. Pudo pensar en Maxime, como en un goce encendido cuyos rayos la quemaban; tuvo una pesadilla de extraños amores, en medio de leños, sobre lechos calentados al rojo. Céleste iba y venía, por el cuarto, con su semblante calmoso de sirvienta de sangre helada. Tenía orden de no dejar entrar a nadie; despidió incluso a las inseparables, Adeline de Espanet y Suzanne Haffner, de vuelta de un almuerzo que acababan de hacer juntas, en un hotelito alquilado por ellas en Saint-Germain. Sin embargo, al atardecer, cuando Céleste fue a decirle a su ama que Sidonie, la hermana del señor, quería hablar con ella, recibió la orden de dejarla pasar. Sidonie no venía en general hasta la caída de la noche. Su hermano había conseguido, sin embargo, que se pusiera trajes de seda. Pero, sin saber cómo, por mucho que la seda que llevaba acabara de salir de la tienda, nunca parecía nueva; se arrugaba, perdía su brillo, semejava un pingo. Había accedido también a no llevar nunca su cesta a casa de los Saccard. En cambio, sus bolsillos desbordaban de papeles. Renée, a quien no podía convertir en una clienta razonable, resignada a las necesidades de la vida, le interesaba. La visitaba regularmente, con sonrisas discretas de médico que no quiere asustar a un enfermo diciéndole el nombre de su mal. Se compadecía de sus pequeñas miserias, como de pupas que ella curaría inmediatamente, si la joven quisiera. Esta última, que estaba en una de esas horas en las que uno necesita compasión, la dejaba entrar únicamente para decirle que tenía unos dolores de cabeza intolerables. - ¡Ay, guapita! - murmuró Sidonie deslizándose entre las sombras de la estancia-. Aquí se ahoga uno. Siempre sus dolores neurálgicos, ¿verdad? Son las penas. Se toma usted la vida demasiado a pecho. -Sí, tengo muchas preocupaciones - respondió lánguidamente Renée. Caía la noche. No había querido que Céleste encendiera una lámpara. Sólo el fuego lanzaba un gran resplandor rojo, que la iluminaba de lleno, tumbada, con su bata blanca de encajes que se volvían rosa. Al borde de la sombra, no se veía más que un trozo del vestido negro de Sidonie y sus dos manos cruzadas, cubiertas por guantes de algodón gris. Su voz tierna salía de las tinieblas. - ¡Más penas de dinero! -dijo, como si hubiera dicho «penas de amor», en un tono lleno de dulzura y compasión. Renée bajó los párpados, hizo un gesto de asentimiento. - ¡Ah! Si mis hermanos me escucharan, seríamos todos ricos. Pero se encogen de hombros, cuando les hablo de esa deuda de tres mil millones, ya sabe... Tengo buenas esperanzas, no obstante. Hace diez años que quiero hacer un viaje a Inglaterra. ¡Tengo tan poco tiempo para mí!... Al fin me decidí a escribir a Londres, y espero la respuesta. -Y como la joven sonreía-: Ya sé, también usted es incrédula. Sin embargo, bien contenta que estaría si le hiciera un regalo, un día de éstos, de un lindo milloncito... Mire, la historia es muy simple: es un banquero de París que prestó dinero al hijo del rey de Inglaterra y, como el banquero murió sin herederos naturales, el Estado puede hoy exigir el reembolso de la deuda, con los intereses compuestos. He hecho el cálculo, asciende a dos mil novecientos cuarenta y tres millones doscientos diez mil francos... No tenga miedo, llegarán, llegarán. -Entre tanto -dijo la joven con una pizca de ironía- debería usted conseguirme cien mil francos... Podría pagar a mi modisto, que me atormenta mucho. -Cien mil francos se pueden encontrar -respondió tranquilamente Sidonie-. Sólo se trata de ponerles un precio. El fuego brillaba; Renée, más lánguida, alargaba las piernas, enseñaba la punta de sus zapatillas, por el borde de la bata. La corredora prosiguió con su voz apiadada: -Pobrecita mía, no se muestra usted muy razonable... Conozco a muchas mujeres, pero nunca he visto una tan poco preocupada por su salud. ¡Fíjese en la pequeña Michelin, sabe arreglárselas! Pienso en usted, a mi pesar, cuando la veo a ella dichosa y saludable... ¿Sabe usted que el señor De Saffré está loco de amor y que ya le ha dado cerca de diez mil francos en regalos?... Creo que su sueño es tener una casa de campo. -Se animaba, buscaba en sus bolsillos-. Llevo aquí también una carta de una pobre joven... Si tuviéramos luz, se la dejaría leer.. Imagínese que su marido no se ocupa de ella. Había firmado pagarés, se ha visto obligada a pedirle un préstamo a un señor que yo conozco. Fui yo la que retiré los pagarés de las garras de los alguaciles, y no ha sido sin dificultad... Esos pobres chicos, ¿cree usted que obran mal? Yo los recibo en mi casa como si de mi hijo y mi hija se tratara. -¿Conoce usted a un prestamista? -preguntó negligentemente Renée. - Conozco a diez... Es usted demasiado bondadosa. Entre mujeres, ¿verdad?, podemos decirnos muchas cosas, y porque su marido sea mi hermano no voy a disculparlo por perseguir bribonas y dejar que se aburra al amor de la lumbre una preciosidad de mujer como usted... Esa Laure de Aurigny le cuesta un ojo de la cara. No me extrañaría que le hubiera negado a usted dinero. Se lo ha negado, ¿verdad?... ¡Oh! ¡Qué desgraciado! Renée escuchaba complacientemente aquella voz blanda que salía de la sombra, como el eco vago de sus propios ensueños. Los párpados entornados, casi acostada en su sillón, ya no sabía que Sidonie estaba allí, creía soñar que la asaltaban malos pensamientos y la tentaban con gran dulzura. La corredora habló mucho tiempo, semejante a un agua tibia y

monótona. -Es la señora Lauwerens la que ha arruinado su existencia. Nunca quiso usted creerme. ¡Ah!, no estaría llorando en el rincón de su chimenea, si no hubiera desconfiado de mí... Y la quiero como a las niñas de mis ojos, guapísima. Tiene usted un pie encantador. Se va usted a burlar de mí, pero quiero contarle mis locuras: cuando hace tres días que no la he visto, necesito imperiosamente venir a admirarla; sí, me falta algo; necesito empaparme de su hermoso pelo, de su rostro tan blanco y delicado, de su esbelto talle... De veras, nunca vi un talle parecido. Renée acabó por sonreír. Sus propios amantes no tenían ese calor, ese éxtasis absorto, al hablarle de su belleza. Sidonie vio esa sonrisa. -Bueno, de acuerdo -dijo levantándose prestamente-. Charloteo y charloteo, y me olvido de que le caliento los cascotes... Vendrá usted mañana, ¿verdad? Hablaremos de dinero, buscaremos un prestamista... Compréndalo, quiero que sea usted feliz. La joven, sin moverse, desfallecida por el calor, respondió tras un silencio, como si hubiera necesitado un laborioso trabajo para comprender lo que se decía a su alrededor: -Sí, iré, de acuerdo, y charlaremos; pero no mañana... Worms se contentará con un adelanto. Cuando me vuelva a atormentar, ya veremos... No me hable más de esto. Tengo la cabeza rota por los negocios. Sidonie pareció muy contrariada. Iba a volver a sentarse, a reanudar su monólogo acariciador; pero la actitud fatigada de Renée la obligó a dejar su ataque para más adelante. Se sacó del bolsillo un puñado de papeles, donde buscó y acabó por encontrar un objeto encerrado en una especie de caja rosa. -Había venido a recomendarle un nuevo jabón -dijo recobrando su voz decoradora-. Me intereso mucho por el inventor, que es un jovencito encantador. Es un jabón muy suave, muy bueno para la piel. Lo probará, ¿verdad? y hablará de él a sus amigas... Lo dejo aquí, sobre la chimenea. -Estaba ya en la puerta y volvió otra vez, y, erguida en el resplandor rosa del fuego, con su cara de cera, se puso a elogiar una faja elástica, un invento destinado a sustituir a los corsés-. Le deja una cintura muy tentadora, una auténtica cintura de avispa... -decía-. He salvado eso de una quiebra. Cuando venga usted, se probará las muestras, si quiere... He tenido que andar de abogados durante una semana. El expediente está en mi bolsillo, y me voy ahora mismo a mi alguacil para eliminar una última oposición... Hasta pronto, monina. Ya sabe que la espero y que quiero enjugar sus hermosos ojos. Se escurrió, desapareció. Renée ni siquiera la oyó cerrar la puerta. Permaneció allí, ante el fuego que moría, prolongando el sueño del día, la cabeza llena de cifras danzantes, oyendo a lo lejos las voces de Saccard y de Sidonie dialogar, ofrecerle sumas considerables, con el tono con que un tasador de subastas pone a la venta un mobiliario. Sentía en el cuello el beso brutal de su marido y, cuando se daba la vuelta, era a la corredora a quien encontraba a sus pies, con su traje negro, su rostro blando, dirigiéndole frases apasionadas, alabando sus perfecciones, implorando una cita amorosa, con la actitud de un amante cuya resignación está agotada. Eso la hacía sonreír. El calor, en la estancia, resultaba cada vez más sofocante. Y el estupor de la joven, los ensueños extravagantes que tenía, no eran sino un sueño ligero, un sueño artificial, en cuyo fondo volvía a ver siempre el pequeño reservado del bulevar, el ancho diván donde había caído de rodillas. Ya no sufría nada. Cuando abría los párpados, Maxime pasaba por el fuego rosa. Al día siguiente, en el baile del Ministerio, la hermosa señora Saccard estuvo maravillosa. Worms había aceptado una entrega de cincuenta mil francos; ella salía de aquel apuro de dinero con risas de convaleciente. Cuando cruzó los salones, con su aparatoso vestido de falla rosa de larga cola Luis XIV, enmarcado por anchos encajes blancos, hubo un murmullo, los hombres se atropellaron para verla. Y los íntimos se inclinaban, con una discreta sonrisa de inteligencia, rindiendo homenaje a aquellos hermosos hombros, tan conocidos del todo París oficial, y que eran los firmes pilares del Imperio. Se había escotado con tal desprecio de las miradas, avanzaba tan tranquila y tan tierna en su desnudez, que casi no resultaba indecente. Eugène Rougon, el gran político, que notaba que ese pecho desnudo era aún más elocuente que su palabra en la Cámara, más dulce y persuasivo para hacer disfrutar de los encantos del reinado y convencer a los escépticos, acudió a felicitar a su cuñada por la feliz audacia de haber abierto su corpiño dos dedos más. Casi todo el Cuerpo legislativo estaba allí, y por la manera en que los diputados miraban a la joven, el ministro se prometía un rotundo éxito, al día siguiente, en la delicada cuestión de los empréstitos de la Villa de París. No se podía votar contra un poder que hacía crecer, sobre el humus de los millones, una flor como esta Renée, una extraña flor voluptuosa, de carnes de seda, de desnudeces de estatua, vivo goce que dejaba tras de sí un olor de tibio placer. Pero la comidilla del baile entero fue el tembleque y el collar. Los hombres conocían las joyas. Las mujeres se las señalaban con la mirada, furtivamente. No se habló de otra cosa en todo el sarao. Y los salones extendían su espacio, en la luz blanca de las arañas, llenos de un tropel resplandeciente, como una confusión de astros caídos en un rincón demasiado angosto. Hacia la una, Saccard desapareció. Había saboreado el éxito de su mujer como un hombre al que el golpe de efecto le ha salido bien. Acababa de consolidar su crédito. Un negocio lo llamaba a casa de Laure de Aurigny, y escapó rogando a Maxime que acompañase a Renée a casa, después del baile. Maxime se pasó la noche, prudentemente, al lado de Louise de Mareuil, ocupadísimos los dos en hablar horrorosamente mal de las mujeres que iban y venían. Y cuando habían encontrado una locura mayor que las otras, ahogaban sus risas en el pañuelo. Renée tuvo que ir a pedir el brazo al joven, para salir de los salones.

En el coche, se mostró de una alegría nerviosa; estaba aún toda vibrante por la embriaguez de luz, de perfumes y de ruidos que acababa de cruzar. Parecía, además, haber olvidado su «tontería» del bulevar, como decía Maxime. Se limitó a preguntarle, con singular tono de voz: -¿Conque es muy divertida, esa jorobadita de Louise? - ¡Oh! Muy divertida... -respondió el joven riendo aún-. ¿Viste a la duquesa de Sternich, con un pájaro amarillo en el pelo, verdad?... Pues Louise pretende que es un pájaro mecánico que bate las alas y que grita: ¡Cucú! ¡Cucú! al pobre duque, al dar las horas. A Renée le pareció muy cómica esta broma de interna emancipada. Cuando hubieron llegado, y como Maxime iba a despedirse de ella, le dijo: -¿No subes? Seguramente Céleste me ha preparado un tentempié. Él subió, con su abandono ordinario. Arriba no había tentempié, y Céleste estaba acostada. Renée tuvo que encender las velas de un pequeño candelabro de tres brazos. Su mano temblaba un poco. -Esa boba -decía, hablando de su doncella- habrá entendido mal mis órdenes... Nunca podré desvestirme sola. Pasó a su tocador. Maxime la siguió, para contarle una nueva frase de Louise que se le venía a la memoria, tan tranquilo como si se le hubiera hecho tarde en casa de un amigo, buscando ya su cigarrera para encender un puro. Pero allí, después de dejar el candelabro, ella se volvió y cayó en los brazos del joven, muda e inquietante, pegando su boca a la de él. Las habitaciones privadas de Renée eran un nido de seda y encaje, una maravilla de lujo coqueto. Un gabinete muy pequeño precedía al dormitorio. Las dos piezas formaban una sola, o al menos el gabinete casi no era más que el umbral del dormitorio, una gran alcoba, guarnecida de tumbonas, sin puerta, cerrada por un doble portier. Las paredes, en una y otra pieza, se hallaban tapizadas con una tela de seda mate gris lino, briscada con enormes ramos de rosas, de lilas blancas y de botones de oro. Las cortinas y los portiers eran de guipur de Venecia, colocado sobre un forro de seda, de franjas alternas grises y rosas. En el dormitorio, la chimenea de mármol blanco, una auténtica joya, desplegaba, como un canastillo de flores, sus incrustaciones de lapislázuli y mosaicos preciosos, que reproducían las rosas, las lilas y los botones de oro del tapizado. Una gran cama gris y rosa, cuya madera no se veía, recubierta por tela y acolchada, y cuya cabecera se apoyaba en la pared, llenaba toda una mitad del dormitorio con su oleada de colgaduras, sus guipures y su seda briscada de ramos, que caían desde el techo hasta la alfombra. Era como un traje femenino, redondeado, recortado, acompañado de polisones, lazos, volantes; y la ancha cortina que se hinchaba, semejante a una falda, hacía soñar con una gran amante, inclinada, desfalleciente, a punto de derrumbarse sobre las almohadas. Bajo las cortinas, era un santuario, batistas plisadas con plieguecitos, una nube de encajes, toda clase de cosas delicadas y transparentes, que se ahogaban en una media luz religiosa. Al lado de la cama, de aquel monumento cuya amplitud devota recordaba una capilla engalanada para una fiesta, los otros muebles desaparecían: asientos bajos, una psique de dos metros, muebles provistos de infinidad de cajones. En el suelo, la alfombra, de un gris azulado, estaba sembrada de rosas pálidas deshojadas. Y a ambos lados de la cama, había dos grandes pieles de oso negro, guarnecidas de terciopelo rosa, con uñas de plata, y cuyas cabezas, vueltas hacia la ventana, miraban fijamente al cielo vacío con sus ojos de cristal. Esta habitación tenía una dulce armonía, un silencio ahogado. Ninguna nota demasiado aguda, reflejo de metal, dorado brillante, cantaba en la frase soñadora del rosa y del gris. El propio juego de chimenea, el marco del espejo, el reloj, los pequeños candelabros, estaban hechos con viejas piezas de Sèvres, y apenas dejaban ver el cobre dorado de las monturas. Una maravilla de decoración, sobre todo el reloj, con su ronda de amores mofletudos, que bajaban, se inclinaban en torno a la esfera, como una pandilla de chiquillos desnudos que se burlasen de la rápida marcha de las horas. Este lujo suavizado, estos colores y estos objetos que el gusto de Renée había querido tiernos y sonrientes, ponían allí un crepúsculo, una luz de alcoba en la cual se han corrido las cortinas. Parecía que la cama continuara, que la pieza entera fuera una cama inmensa, con sus alfombras, sus pieles de oso, sus asientos acolchados, su tapizado guateado, que prolongaban la blandura del suelo por las paredes, hasta el techo. Y, como en un lecho, la joven dejaba allí, sobre todas esas cosas, la huella, la tibieza, el perfume de su cuerpo. Cuando uno apartaba el doble portier del gabinete, parecía como si levantase un cubrecama de seda, como si entrase en un gran tálamo todavía cálido y húmedo y encontrase, sobre las telas finas, las formas adorables, el sueño y los ensueños de una parisiense de treinta años. Una pieza contigua, el vestidor, gran habitación tapizada de cretona antigua, estaba rodeada simplemente por altos armarios de palo de rosa, donde se encontraba colgado el ejército de los vestidos. Céleste, muy metódica, alineaba los vestidos por orden de antigüedad, los etiquetaba, metía la aritmética entre los caprichos amarillos o azules de su ama, mantenía el vestidor en un recogimiento de sacristía y con una limpieza de cuadra de lujo. No había un solo mueble, y no se veía un trapo; los paneles de los armarios relucían, fríos y netos, como los paneles barnizados de un cupé. Pero la maravilla de las habitaciones, la pieza de la cual hablaba todo París, era el tocador. Se decía: «El tocador de la hermosa señora Saccard», como se dice: «La galería de los espejos de Versalles». Este tocador se encontraba en una de las torrecillas del palacete, justamente encima de la salita botón de oro. Uno pensaba, al entrar en él, en una ancha tienda redonda, una tienda de cuento de hadas, alzada en pleno sueño por alguna guerrera enamorada. En el centro del

techo, una corona de plata cincelada retenía los paños de la tienda que iban, redondeándose, a unirse a la pared, desde donde caían rectos hasta el piso. Esos paños, esas ricas colgaduras, estaban hechos de un viso de seda rosa recubierto por una muselina muy clara, plisada a grandes pliegues de trecho en trecho; un aplique de guipur separaba los pliegues, y junquillos de plata grabada bajaban de la corona, corrían a lo largo de la colgadura, a los dos lados de cada aplique. El gris rosado del dormitorio se aclaraba aquí, se convertía en un blanco rosado, una carne desnuda. Y, bajo esa cuna de encaje, bajo esas cortinas que sólo dejaban ver del techo, por el angosto hueco de la corona, un agujero azulado, donde Chaplin había pintado un riante amor, que miraba y aprestaba su flecha, daba la impresión de que uno se encontraba en el fondo de una bombonera, en un precioso cofre de joyas, agrandado, no ya hecho para el brillo de un diamante, sino para la desnudez de una mujer. La alfombra, de nívea blancura, se extendía sin la menor siembra de flores. Un armario de luna, con los dos paneles incrustados de plata; una tumbona, dos pufés, taburetes de raso blanco; una gran mesa de tocador, con superficie de mármol rosa, y cuyas patas desaparecían bajo los volantes de muselina y guipur, amueblaban la pieza. Los cristales de la mesa de tocador, los vasos, los jarrones, la bandeja, eran de viejo bohemia vetado en rosa y blanco. Y había aún otra mesa, incrustada de plata como el armario de luna, donde se hallaba alineado el material, los chismes de tocador, extravagante equipo que desplegaba un considerable número de pequeños instrumentos cuyo uso no se entendía, rascadores, polissoirs, limas de todos los tamaños y de todas las formas, tijeras rectas y curvas, todas las variedades de pinzas y horquillas. Cada uno de estos objetos, de plata y marfil, estaba marcado con las iniciales de Renée. Pero el tocador tenía un rincón delicioso, y era sobre todo ese rincón el que le daba fama. Frente a la ventana, los paños de la tienda se abrían y descubrían, al fondo de una especie de alcoba larga y poco profunda, una bañera, una pila de mármol rosa, hundida en el piso y cuyos bordes acanalados como los de una gran concha llegaban a ras de la alfombra. Se bajaba a la bañera por unos escalones de mármol. Encima de los grifos de plata, de cuello de cisne, un espejo veneciano, troquelado, sin marco, con dibujos esmerilados en el cristal, ocupaba el fondo de la alcoba. Cada mañana, Renée tomaba un baño de unos minutos. Ese baño llenaba para todo el día el tocador de humedad, de un olor a carne fresca y mojada. A veces, un frasco destapado, un jabón que había quedado fuera de su caja, ponían un aroma más violento en aquella languidez un poco sosa. A la joven le gustaba quedarse allí, hasta mediodía, casi desnuda. La tienda redonda, también, estaba desnuda. Aquella bañera rosa, aquellas mesas y jofainas rosa, aquella muselina del techo y las paredes, bajo la cual creía uno ver circular una sangre rosa, adoptaban redondeces de carne, redondeces de hombros y de senos; y, según la hora del día, se habría dicho la piel nevosa de una niña o la piel cálida de una mujer. Era una inmensa desnudez. Cuando Renée salía del baño, su cuerpo rubio no añadía sino un poco de rosa a toda la carne rosa de la habitación. Fue Maxime el que desvistió a Renée. Entendía de eso, y sus ágiles manos adivinaban las horquillas, corrían alrededor de su talle con una ciencia innata. La despeinó, le quitó los diamantes, volvió a peinarla para la noche. Y como mezclaba con su oficio de camarera y peluquero bromas y caricias, Renée reía, con una carcajada ahogada, mientras la seda de su corpiño crujía y sus faldas se desataban una a una. Cuando se vio desnuda, sopló las velas del candelabro, cogió a Maxime por la cintura y casi lo arrastró al dormitorio. Aquel baile había acabado de embriagarla. En su fiebre, tenía conciencia del día transcurrido la víspera al amor de la lumbre, de ese día de estupor ardiente, de sueños vagos y risueños. Seguía oyendo dialogar las voces secas de Saccard y de Sidonie, gritando cifras, con gangueos de ujier. Eran personas que la abrumaban, que la empujaban al crimen. E incluso, a esa hora, cuando buscaba sus labios, en el fondo del gran lecho oscuro, seguía viendo a Maxime en medio del fuego de la víspera, mirándola con ojos que la quemaban. El joven sólo se retiró a las seis de la mañana. Ella le dio la llave de la puertecita del parque Monceau, haciéndole jurar que volvería todas las noches. El tocador comunicaba con el salón botón de oro por una escalera de servicio escondida en el muro, y que unía todas las piezas de la torrecilla. Desde el salón, era fácil pasar al invernadero y llegar al parque. Al salir con las primeras luces, entre una espesa niebla, Maxime estaba un poco aturdido por su buena suerte. La aceptó, por lo demás, con sus cortesías de ser neutro. «¿Qué le vamos a hacer! - pensaba-, es ella quien lo quiere, a fin de cuentas... Está admirablemente bien formada; y tenía razón ella, es dos veces más divertida en la cama que Sylvia.» Se habían deslizado hacia el incesto desde el día en que Maxime, con su raída chaqueta de colegial, se había colgado del cuello de Renée, arrugando su casaca de la guardia francesa. Hubo, desde entonces, entre ellos, una larga perversión de todos los instantes. La extraña educación que la joven daba al niño; las familiaridades que hicieron de ellos dos compañeros; más adelante, la risueña audacia de sus confidencias; toda esa promiscuidad peligrosa acabó por unirlos con un lazo singular, en el que las alegrías de la amistad resultaban casi satisfacciones carnales. Se habían entregado el uno al otro desde hacía años; el acto brutal no fue sino la crisis aguda de esta inconsciente enfermedad de amor. En el mundo enloquecido en el cual vivían, su falta había crecido como bajo un estiércol fértil en jugos equívocos; se había desarrollado con extraños refinamientos, entre particulares condiciones de desenfreno. Cuando la gran calesa los llevaba al Bosque y rodaban suavemente a lo largo de las

avenidas, contándose obscenidades al oído, buscando en su infancia las indecencias del instinto, eso no era sino una desviación y una satisfacción inconfesada de sus deseos. Se sentían vagamente culpables, como si se hubieran rozado con una caricia, e incluso ese pecado original, esa languidez de las conversaciones licenciosas que los cansaba con voluptuosa fatiga, les cosquilleaba aún más dulcemente que unos besos claros y positivos. Su camaradería fue así la marcha lenta de dos enamorados, que debía fatalmente conducirlos un día al reservado del Café Riche, y a la gran cama gris y rosa de Renée. Cuando se encontraron uno en brazos del otro, no sintieron la sacudida de la culpa. Eran como unos viejos amantes, cuyos besos tenían remembranzas. Y acababan de perder tantas horas en un contacto de todo su ser, que hablaban a su pesar de aquel pasado lleno de ternuras ignorantes. -¿Te acuerdas del día en que llegué a París? -decía Maxime-; ¡llevabas un traje muy gracioso! y, con mi dedo, tracé un ángulo sobre tu pecho, te aconsejé un escote en punta... Sentía tu piel bajo la blusa, y mi dedo se hundía un poco... Era estupendo... Renée reía, besándolo, murmurando: -Eras ya un viciosillo... ¡Cómo nos has divertido, en Worms, te acuerdas! Te llamábamos «nuestro hombrecito». Siempre he creído que la gorda de Suzanne se habría dejado perfectamente, si no la hubiese vigilado la marquesa con ojos furibundos. - ¡Ah, sí, nos hemos reído a gusto... -murmuraba el joven-. El álbum de fotografías, ¿no?, y todo lo demás, nuestras compras por París, nuestras meriendas en la pastelería del bulevar; ya sabes, aquellos pastelillos de fresa que adorabas... Me acordaré siempre de aquella tarde en la que me contaste la aventura de Adeline, en el convento, cuando escribía cartas a Suzanne, y firmaba como un hombre: Arthur de Espanet, proponiéndole raptarla... -Los amantes se alegraban aún más con esta divertida historia; después Maxime continuaba con su voz mimosa-: Cuando venías a buscarme al colegio en tu coche, debíamos de resultar muy cómicos los dos... Yo desaparecía bajo tus faldas, de pequeño que era. -Sí, sí -balbucía ella, con escalofríos, atrayendo al joven-, era estupendo, como tú dices... Nos amábamos sin saberlo, ¿verdad? Yo lo he sabido antes que tú. El otro día, al regresar del Bosque, rocé tu pierna, y me estremecí... Pero tú no te diste cuenta de nada, ¿eh? ¿No pensabas en mí? - ¡Oh, sí! -respondía él, un poco cortado-. Sólo que no sabía, ya comprendes... No me atrevía. Mentía. La idea de poseer a Renée nunca se le había ocurrido claramente. La había rozado con todo su vicio sin deseársela realmente. Era demasiado blando para ese esfuerzo. Aceptó a Renée porque ésta se le impuso, y resbaló hasta su lecho sin quererlo, sin preverlo. Cuando hubo rodado hasta allí, se quedó, porque estaba al calor, y porque se quedaba en el fondo de todos los agujeros donde caía. En los comienzos, incluso saboreó satisfacciones de amor propio. Era la primera casada que poseía. No pensaba que el marido era su padre. Pero Renée aportaba a su falta todos los ardores de un corazón extraviado. También ella había resbalado por la pendiente. Sólo que no había rodado hasta el final como una carne inerte. El deseo se había despertado en ella demasiado tarde para combatirlo, cuando la caída resultaba fatal. Aquella caída se le apareció bruscamente como una necesidad de su hastío, como un goce raro y supremo, único que podía despertar sus sentidos cansados, su corazón herido. Fue durante aquel paseo otoñal, en el crepúsculo, cuando el Bosque se dormía, cuando se le ocurrió la vaga idea del incesto, semejante a un cosquilleo que le dejó a flor de piel un temblor desconocido; y, por la noche, en la semiembriaguez de la cena, bajo el azote de los celos, esa idea se precisó, se alzó ardentemente ante ella, en medio de las llamas del invernadero, frente a Maxime y Louise. En ese momento, quiso el mal, el mal que nadie comete, el mal que iba a llenar su existencia vacía y a meterla por fin en el infierno, al que seguía teniendo miedo, como cuando era niña. Después, al día siguiente, ya no quiso, por una extraña sensación de remordimiento y de cansancio. Le parecía que había pecado ya, que no era tan bueno lo que pensaba, y que sería verdaderamente demasiado sucio. La crisis debía ser fatal, llegar por sí misma, al margen de estos dos seres, de estos compañeros que estaban destinados a equivocarse un buen día, a acoplarse, creyendo darse un apretón de manos. Pero, después de aquella caída tan tonta, volvió a soñar su sueño de un placer sin nombre, y entonces cogió a Maxime entre sus brazos, curiosa de él, curiosa de las alegrías crueles de un amor que miraba como un crimen. Su voluntad aceptó el incesto, lo exigió, pretendió saborearlo hasta el fin, hasta los remordimientos, si es que llegaban. Fue activa, consciente. Amó con su arrebató de gran mundana, sus prejuicios inquietos de burguesa, todos los combates, las alegrías y los ascos de mujer que se ahoga en su propio desprecio. Maxime regresó cada noche. Llegaba por el jardín, hacia la una. A menudo Renée lo esperaba en el invernadero, que él tenía que cruzar para llegar a la salita. Eran, por lo demás, de una impudicia perfecta, ocultándose apenas, olvidando las preocupaciones más clásicas del adulterio. Aquel rincón del palacete, cierto es, les pertenecía. Baptiste, el ayuda de cámara del marido, era el único que tenía derecho a entrar allí, y Baptiste, como hombre serio, desaparecía en cuanto su servicio había acabado. Maxime pretendía incluso, riendo, que se retiraba a escribir sus memorias. Una noche, no obstante, cuando él acababa de llegar, Renée se lo mostró cruzando solemnemente el salón, con una palmatoria en la mano. El alto criado, con su aspecto de ministro, iluminado por la luz amarilla de la cera, tenía esa noche, un rostro más correcto y aún más severo que de costumbre. Asomándose, los dos amantes le vieron soplar su vela y dirigirse hacia las cuadras, donde dormían los caballos y los palafreneros. -Hace su ronda -

dijo Maxime. Renée empezó a temblar. Baptiste la inquietaba de ordinario. A veces decía que era el único hombre honrado del palacete, con su frialdad, sus miradas que no se detenían nunca en los hombros de las mujeres. Adoptaron entonces cierta prudencia para verse. Cerraban las puertas de la salita, y así podían disfrutar con toda tranquilidad de aquella sala, del invernadero y de las habitaciones de Renée. Era todo un mundo. Saborearon allí, durante los primeros meses, las alegrías más refinadas, las más delicadamente rebuscadas. Pasearon sus amores desde la gran cama gris y rosa del dormitorio a la desnudez rosa y blanca del tocador y a la sinfonía en amarillo menor de la salita. Cada pieza, con su olor particular, sus colgaduras, su vida propia, les daba una ternura diferente, hacía de Renée otra enamorada: fue delicada y bonita en su tálamo acolchado de gran dama, en medio de aquella habitación tierna y aristocrática, donde el amor adquiriría un recogimiento de buen gusto, bajo la tienda de color carne, entre los perfumes y la languidez húmeda de la bañera, se mostró mujerzuela caprichosa y carnal, entregándose al salir del baño, y fue allí donde Maxime la prefirió; después, abajo, en la clara salida de sol de la salita, en medio de esa aurora amarillenta que doraba sus cabellos, se convirtió en diosa, con su cabeza de Diana rubia, sus brazos desnudos que tenían castas actitudes, su cuerpo puro, cuyas posturas, en los confidentes, encontraban líneas nobles de una gracia antigua. Pero había un lugar donde Maxime casi sentía miedo, y donde Renée sólo lo llevaba los días malos, los días en los que tenía necesidad de una embriaguez más acre. Entonces se amaban en el invernadero. Era allí donde saboreaban el incesto. Una noche, en una hora de angustia, la joven había querido que su amante fuese a buscar una de sus pieles de oso negro. Después se habían acostado sobre aquella alfombra de tinta, al borde de un estanque, en el gran sendero circular. Fuera, helaba terriblemente, en un límpido claro de luna. Maxime había llegado temblando, con las orejas y los dedos helados. El invernadero se encontraba tan caldeado que él sufrió un desmayo, sobre la piel del animal. Entraba en una llama tan pesada, al salir de los pinchazos secos del frío, que experimentaba escozor, como si lo hubieran golpeado con varas. Cuando volvió en sí, vio a Renée arrodillada, inclinada, con los ojos fijos, una actitud brutal que le dio miedo. El pelo caído, los hombros desnudos, ella se apoyaba en los puños, con el espinazo arqueado, semejante a una gata de ojos fosforescentes. El joven, acostado de espaldas, vio, por encima de los hombros de aquella adorable bestia enamorada que lo miraba, la esfinge de mármol, cuyos muslos relucientes iluminaba la luna. Renée tenía la postura y la sonrisa del monstruo con cabeza de mujer, y, con sus faldas desatadas, parecía la hermana blanca de aquella diosa negra. Maxime languidecía. El calor era sofocante, un calor oscuro, que no caía del cielo en lluvia de fuego, sino que se arrastraba por el suelo, como una exhalación malsana, y cuyo vaho ascendía, similar a una nube cargada de tormenta. Una cálida humedad cubría a los amantes de un rocío, de un sudor ardiente. Durante mucho tiempo, estuvieron sin gestos ni palabras, en aquel baño de llamas, Maxime, derribado e inerte, Renée, temblorosa sobre sus muñecas como sobre jarretes ágiles y nerviosos. Fuera, por los pequeños cristales del invernadero, se veían perspectivas del parque Monceau, grupos de árboles con finos festones negros, cuadros de césped blancos como lagos helados, todo un paisaje muerto, cuyas delicadezas y cuyos tonos claros y lisos recordaban rincones de grabados japoneses. Y aquel trozo de tierra ardiente, aquel tálamo inflamado donde los amantes se tendían, hervía extrañamente en medio de este gran frío mudo. Tuvieron una noche de loco amor. Renée era el hombre, la voluntad apasionada y activa. Maxime se sometía. Aquel ser neutro, rubio y guapo, herido desde la infancia en su virilidad, se convertía, en los brazos curiosos de la joven, en una profesional perfecta, con sus miembros depilados, sus delgadeces graciosas de efebo romano. Parecía nacido y criado para una perversión de la voluptuosidad. Renée gozaba con su dominio, doblegaba bajo su pasión a aquella criatura en la cual el sexo seguía vacilando. Constituía para ella un continuo asombro del deseo, una sorpresa de los sentidos, una extraña sensación de malestar y de placer agudo. Ya no sabía; volvía con dudas sobre su piel fina, su cuello torneado, sus abandonos y sus desmayos. Experimentó entonces una hora de plenitud. Maxime, revelándole un estremecimiento nuevo, completó sus vestidos locos, su lujo prodigioso, su vida a ultranza. Puso en su carne la nota excesiva que cantaba ya en torno a ella. Fue el amante a juego con las modas y las locuras de la época. Aquel guapo chico, cuyas chaquetas mostraban sus frágiles formas, aquella chica fallida, que paseaba por los bulevares, con raya al medio, con risitas y sonrisas aburridas, resultó, en manos de Renée, una de esas liviandades de decadencia que, en ciertos momentos, en una nación podrida, agota una carne y perturba una inteligencia. Y era sobre todo en el invernadero donde Renée era el hombre. La ardiente noche que pasaron allí fue seguida por otras varias. El invernadero amaba, ardía con ellos. En el aire pesado, en la claridad blanquecina de la luna, veían el mundo extraño de las plantas que los rodeaban moverse confusamente, intercambiar abrazos. La piel de oso ocupaba todo el sendero. A sus pies, el estanque humeaba, lleno de un hormigueo, de un espeso entrelazamiento de raíces, mientras la estrella rosa de las ninfas se abría, a flor de agua, como un corpiño virginal, y las monstera dejaban caer sus ramas, semejantes a cabelleras de Nereidas desfallecidas. Después, a su alrededor, las palmeras, los grandes bambúes de la India, se alzaban, llegaban hasta la cimbra, donde se inclinaban y mezclaban sus hojas, con actitudes tambaleantes de amantes

cansados. Más abajo, los helechos, los pteris, las alsófilas, eran como damas verdes, con sus anchas faldas guarnecidas de volantes regulares, que, mudas e inmóviles al borde del sendero, esperaban el amor. A su lado, las hojas retorcidas, manchadas de rojo, de las begonias, y las hojas blancas, en punta de lanza, de los caladios, ponían un séquito vago de magulladuras y palideces, que los amantes no se explicaban, y donde encontraban a veces redondeces de caderas y rodillas, tendidas en tierra, bajo la brutalidad de caricias sangrientas. Y los plátanos, doblándose bajo los racimos de sus frutos, les hablaban de las férciles fertilidades del suelo, mientras que los eufórbios de Abisinia, cuyos cirios espinosos vislumbraban en la sombra, contrahechos, llenos de jorobas vergonzosas, les parecía que rezumaban la savia, el flujo desbordante de aquella generación de llamas. Pero, a medida que sus miradas se hundían en los rincones del invernadero, la oscuridad se llenaba de un desenfreno de hojas y tallos aún más furioso; ya no distinguían, sobre las gradas, las marantas suaves como terciopelo, las gloxíneas de campanas violetas, las dracenas semejantes a láminas de vieja laca barnizada; era una ronda de hierbas vivientes que se perseguían con una ternura insatisfecha. En las cuatro esquinas, en el punto donde cortinas de bejucos disponían glorietas, su sueño carnal enloquecía aún más, y los vástagos ágiles de las vainillas, de las cocas de Levante, de los quiscualis, de las bohínias, eran los brazos interminables de enamorados que no se veían, y que alargaban perdidamente su abrazo, para atraer todas las alegrías dispersas. Esos brazos sin fin colgaban con lasitud, se anudaban en un espasmo de amor, se buscaban, se enrollaban como para el celo de una muchedumbre. Era el celo inmenso del invernadero, de aquel rincón de selva virgen donde llameaban las frondas y las floraciones de los trópicos. Maxime y Renée, los sentidos falseados, se sentían arrastrados a aquellas nupcias poderosas de la tierra. El suelo, a través de la piel de oso, les quemaba la espalda, y, de las altas palmas, caían sobre ellos gotas de calor. La savia que ascendía por los flancos de los árboles penetraba en ellos también, les inspiraba locos deseos de crecimiento inmediato, de reproducción gigantesca. Entraban en el celo del invernadero. Era entonces, en medio del pálido fulgor, cuando los embotaban visiones, pesadillas en las cuales asistían largamente a los amores de las palmeras con los helechos; el follaje adoptaba apariencias confusas y equívocas, que sus deseos fijaban en imágenes sensuales; murmullos, cuchicheos les llegaban de los macizos, voces desmayadas, suspiros de éxtasis, gritos ahogados de dolor, risas lejanas, todo lo que sus propios besos tenían de parlanchín, y que el eco les devolvía. A veces se creían sacudidos por un temblor del suelo, como si la propia tierra, en una crisis de hartura, hubiera prorrumpido en sollozos voluptuosos. Si hubieran cerrado los ojos, si el calor sofocante y la luz pálida no hubieran infundido en ellos una depravación de todos los sentidos, los olores habrían bastado para sumirlos en un eretismo nervioso extraordinario. El estanque los bañaba en un aroma acre, profundo, por el que pasaban los mil perfumes de las flores y del verdor. A veces, la vainilla cantaba con arrullos de paloma torcaz; después llegaban las notas rudas de las stanhopeas, cuyas bocas atigradas tienen un aliento fuerte y amargo de convaleciente. Las orquídeas, en sus cestas sujetas por cadenitas, exhalaban sus soplos, semejantes a incensarios vivos. Pero el olor dominante, el olor en el cual se fundían todos esos vagos suspiros, era un olor humano, un olor de amor, que Maxime reconocía, cuando besaba la nuca de Renée, cuando hundía su cabeza entre sus cabellos sueltos. Y quedaban embriagados por ese olor de mujer enamorada, que rondaba por el invernadero, como por una alcoba donde la tierra pariese. De ordinario, los amantes se acostaban bajo la tanguinia de Madagascar, bajo ese arbusto envenenado del que la joven había mordido una hoja. En torno a ellos, reían blancuras de estatuas, al mirar el acoplamiento enorme de las frondas. La luna, que giraba, desplazaba los grupos, animaba el drama con su luz cambiante. Y ellos estaban a mil leguas de París, al margen de la vida fácil del Bosque y de los salones oficiales, en el rincón de una selva de la India, de algún templo monstruoso, cuyo dios era la esfinge de mármol negro. Sentían que rodaban hacia el crimen, hacia el amor maldito, hacia una ternura de fieras. Todo el pulular que los rodeaba, el hormigueo sordo del estanque, la impudicia desnuda de los follajes, los arrojaban al pleno infierno dantesco de la pasión. Era entonces, en el fondo de esta jaula de cristal, hirviente toda de las llamas del estío, perdida en el frío claro de diciembre, cuando saboreaban el incesto, como fruto criminal de una tierra demasiado caldeada, con el temor sordo de su tálamo aterrador. Y, en el centro de la piel negra, el cuerpo de Renée blanqueaba, en su actitud de gran gata agazapada, el espinazo arqueado, las muñecas tensas, como jarretes ágiles y nerviosos. Estaba toda henchida de voluptuosidad, y las líneas claras de sus hombros y de sus caderas se destacaban con sequedades felinas sobre la mancha de tinta con que la piel ennegrecía la arena amarilla del sendero. Acechaba a Maxime, esa presa derribada debajo de ella, que se abandonaba, a quien poseía por entero. Y de vez en cuando, se inclinaba bruscamente, lo besaba con su boca irritada. Su boca se abría entonces con el brillo ávido y sangriento del hibisco de la China, cuyo tapiz cubría el costado del hotel. Ella ya no era más que una hija ardiente del invernadero. Sus besos florecían y se ajaban, como las flores rojas de la gran malva, que duran apenas unas horas, y que renacen sin cesar, semejantes a los labios magullados e insaciables de una Mesalina gigante. (*bareilly university*).

Audiolibro La Jaur A Mile Zola
Cap Tulo Iv

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>